

Arqueología del Yacimiento Indígena de Villa Rumipal

(PROVINCIA DE CORDOBA)

P O R

Alberto Rex González

Tuvimos la primera noticia de la existencia de un yacimiento arqueológico a orillas del lago del Río Tercero a principios del año 1938. Un compañero, al regresar de una excursión de pesca, nos trajo algunas muestras de alfarería recogidas frente a Villa Rumipal.

Desde el año 1936 veníamos realizando frecuentes visitas a los yacimientos arqueológicos próximos a la ciudad de Córdoba. Por aquel entonces el del lago San Roque atraía toda nuestra atención, así fué que hasta el 28 de setiembre del mismo año no verificamos la afirmación de nuestro amigo, comprobando entonces la existencia de un importante "paradero". Desde aquella oportunidad y con los intervalos obligados por los períodos de crecientes seguimos concurriendo a Villa Rumipal en cortas excursiones. En ellas hemos reunido una apreciable colección, producto de las piezas facilitadas por vecinos de la villa y de nuestros propios hallazgos, la que ingresará oportunamente al Instituto de Arqueología de la Universidad. Hemos adquirido también un cabal conocimiento del terreno, largamente recorrido y contemplado en sus distintos aspectos en las sucesivas crecientes y bajantes del lago. Hoy sin otro mérito, ya que la falta material de tiempo absorbido por tareas más vitales nos resta posibilidades, creemos justificada en sus fines la aparición de la presente monografía.

Ubicación geográfica

El valle de Calamuchita tiene dentro de la provincia de Córdoba una considerable importancia geográfica. En él nace el río Tercero, único río de las sierras que alcanza a volcar íntegramente sus aguas en el Paraná.

La fisonomía del valle la condiciona su aspecto de transición entre la llanura y la sierra. Su clima agradable, tanto en invierno como en verano, no tiene las bruscas oscilaciones de las altas sierras y el invierno no posee los caracteres de crudeza que adquiere en ellas.

Predominan los días despejados; y en el verano si bien la temperatura asciende considerablemente, es soportada con facilidad merced a la sequedad ambiente. Estos factores meteorológicos favorables, sumados a los de orden económico, han contribuido para que el establecimiento humano en el valle se haya realizado proficuamente en todos los tiempos. En las épocas prehistóricas los numerosos "paraderos" que se han encontrado ⁽¹⁾ revelan una gran masa de población aborigen. En los tiempos modernos la construcción de los últimos caminos, abriendo amplias vías al turismo, ha visto nacer una cantidad de pequeñas poblaciones que tienen su fuente de recursos en la afluencia veraniega. Por otro lado, las condiciones fértiles del suelo han permitido el desarrollo de abundante vegetación: montes en las faldas de las sierras, pastizales en el llano.

Numerosos arroyos de aguas permanentes cruzan el valle en todas direcciones hasta su confluencia con la arteria principal.

La espesa capa de humus de los sitios llanos facilita el cultivo del maíz que, junto a numerosos rebaños, constituye la principal fuente de riqueza de la zona.

Rodeado de lomas y cerros ofrece ante la vista de quien mira hacia el Poniente las estribaciones de las sierras de Comechingones, que en gradual progresión hacia la altura, ocultan finalmente el

(1) FLORENCIO VILLEGAS BASAVILBASSO, "Investigaciones arqueológicas en el Departamento de Calamuchita, Peña de Córdoba. Noticia Preliminar", presentado al Congreso del Norte y Centro. Córdoba, 1941.

horizonte y marcan el límite Oeste del valle. En esta cadena se originan la mayoría de los ríos que van a constituir finalmente el Tercero.

Para quien llega al valle por el camino de Córdoba el aspecto es muy distinto. Una vez transpuestos los macizos montañosos situados al Sur de Alta Gracia, se penetra en la vasta planicie a manera de corredor entre las sierras Grande y Chica que constituye el valle de Los Reartes. Cuando aun se está dominado por la múltiple variedad cromática del espléndido paisaje de sus campos, una vez pasada la localidad de Santa Rosa, se penetra en el cordón de cerros bajos que marcan el extremo austral del valle de Los Reartes y el límite Norte de Calamuchita. Desde aquí el máximo atractivo lo constituye el lago del Embalse.

Hacia el Sur sólo se contemplan cerros bajos, contrafuertes desprendidos de las cadenas de los Cóndores y Comechingones, que a la altura del cerro Quemado limitan la cuenca del valle.

Por el Naciente, las prolongaciones de la Sierra Chica culminan en el sitio de la amplia dislocación geológica por donde escapa el río Tercero hacia la llanura, continuándose hacia el Sur con el nombre de Sierra de los Cóndores, delimitando el valle por este lado.

Por el fondo del valle corría el río Tercero. Sus principales afluentes eran: el Santa Rosa, llamado antiguamente de La Plata (2); por el Sur recibía el Quillinzo y el de la Cruz, éstos dos últimos uníanse dentro del perímetro actual del lago; lo mismo sucedía con el arroyo Amboy y el río Grande. A su vez las dos arterias resultantes terminaban por unirse con el río Santa Rosa frente a la actual población de Villa Rumipal, dando nacimiento al río Tercero cuyas márgenes no estaban muy alejadas de lo que es en la actualidad la costa Norte del lago. Existen algunas descripciones desde este sitio de origen, hoy profundamente sumergido, hasta el actual paredón del dique, descripciones sumamente útiles para reconstruir la topografía y aspecto del terreno donde asentaron sus pueblos las tribus indias, aspecto hoy notablemente trans-

(2) ACHAVAL L. y RIO MANUEL, "Geografía de la Provincia de Córdoba". Bs. As. 1904, p. 112.

formado por la formación del lago que ha cubierto por completo esos lugares:

“Desde su nacimiento el río se dirige hacia el E. describiendo numerosas curvas y vuelve ligeramente al N. para entrar en la quebrada que separa los Cóndores de la Sierrita.

En esa parte, el río corre entre altas barrancas de arcilla arenosa rojiza llamadas las de la derecha encima de las cuales se encuentran las ruinas de la antigua Capilla de San Agustín, Bajada Colorada. Volviendo al E. llega a Pueblito de los Indios y recibe por la izquierda los arroyos Grande y de las Vacas, que le traen las aguas del macizo Cumipaya, perteneciente a la Cumbrecita. A la salida del Pueblito de los Indios, el río entra en la montaña por una quebrada de paredes graníticas (60 mts. de altura), con lecho sinuoso, profundo y erizado de peñazcos” (3).

Completando estos datos podemos agregar que el cauce tenía aproximadamente entre 100 y 200 metros de ancho y las barrancas que lo flanqueaban junto a las amplias curvas descriptas alcanzaban hasta 15 metros de altura (4).

Situación del “paradero”

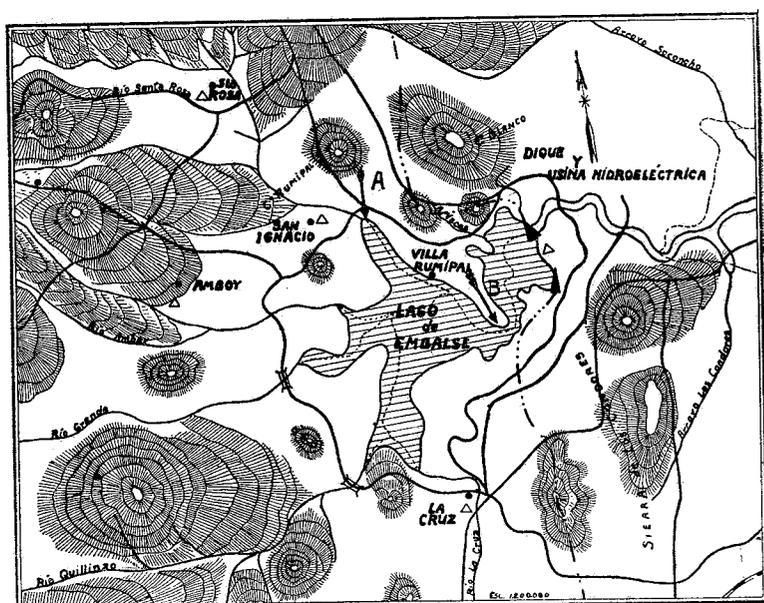
El “paradero” de Rumipal está situado en una estrecha faja de terreno sobre la costa del lago, que aparece al descubierto cuando el hidrómetro de la torre de toma del dique está por debajo de la marca 655 y aumenta progresivamente a medida que las aguas decrecen en altura. Debemos señalar, en primer término, que no toda la orilla situada frente a Rumipal proporciona igual cantidad de material. Aunque nosotros consideramos toda la costa situada frente a la villa como un único “paradero”, los hallazgos están lejos de ser uniformes en cuanto a cantidad de material arqueológico se refiere.

Hay sitios perfectamente circunscriptos, en que la ocupación

(3) ACHAVAL L. y RIO M. Obra citada.

(4) GUILLERMO BODENBENDER, “Triásico y Terciario en la Falda Oriental de la Sierra de Córdoba”, Boletín de la Academia Nacional de Ciencias XXXI. Córdoba 1929, p. 114.

humana es perfectamente visible por la cantidad de fragmentos de alfarería, el amontonamiento de piedras, los restos astillados de arenisca roja, principal materia prima usada, por las manos de conanas o restos similares; mientras que en otros lugares, los hallazgos son completamente esporádicos. Nosotros hemos tratado de fijar aproximadamente en el mapa la naturaleza y el carácter de los hallazgos. Es necesario también recordar que para un mismo



Mapa del lago de Embalse. Las flechas señalan los límites de la zona explorada

segmento de costa la cantidad de restos es variable con la altura de las aguas.

Con respecto a los perímetros más o menos definidos en los que se realizan hallazgos, creemos que se tratan de lugares donde estuvieron emplazadas viviendas, de cualquier naturaleza que éstas hayan sido. A su alrededor quedarían esparcidos todos los elementos de uso diario: la alfarería fragmentada, las conanas y los mor-

teros. A menudo encontramos en estos lugares un fragmento de figura antropomorfa, una punta de flecha o un tortero. Desde estos sitios hasta treinta o cuarenta metros más adelante, los restos faltan o decrecen notablemente y luego vuelve a repetirse en la misma forma que ya hemos descripto. La alfarería se hace de más en más abundante y llega un punto —el acmé, diríamos— donde se destaca netamente; a su alrededor se hallan esparcidos los restos ya mencionados junto con piedras en bruto, evidentemente transportadas, ya que los sedimentos vecinos no las contienen. Esta observación es sólo valedera en determinados lugares y a determinado nivel. Hay otros puntos, playas muy amplias y de suave declive, donde los restos arqueológicos están uniformemente extendidos en una gran superficie en la cual no es posible hacer la distinción que dejamos enunciada más arriba. No olvidemos de que estamos frente a un elemento esencialmente dinámico, las aguas del lago, que es el factor determinante de los hallazgos y que su acción es distinta de acuerdo a la característica del lugar donde se ejerzan sus fuerzas: una playa de suave pendiente o una escarpada barranca a cuyo pie se depositan los elementos arqueológicos arrancados a sus propios sedimentos.

Debemos tener en cuenta los distintos niveles del lago. Así cuando las bajantes son más o menos bruscas, quedan sobre la playa perfectamente visibles, largas líneas sinuosas (ripple marks) paralelas al límites de las aguas, que indican claramente el anterior nivel. En estas líneas formadas por arena o sedimentos heterogéneos encontramos restos arqueológicos junto a los más variados objetos —pedazos de lata, vidrios y hasta fragmentos de caparzones de gliptodonte— pero en ningún caso confundiremos estas líneas, donde también abundan los hallazgos, con los perímetros de restos arqueológicos definidos, de que hablamos más arriba. La gran longitud de las "ripples marks" les dan un carácter inconfundible frente a los cortos trechos en que se hacen los hallazgos circunscriptos que tratamos de precisar en primer término. En estas playas de varios cientos de metros, los hallazgos son más o menos constantes en toda su extensión como tendremos oportu-

nidad de verlo en el transcurso de la descripción de cada punto donde se realizan los encuentros.

Lugar de los hallazgos

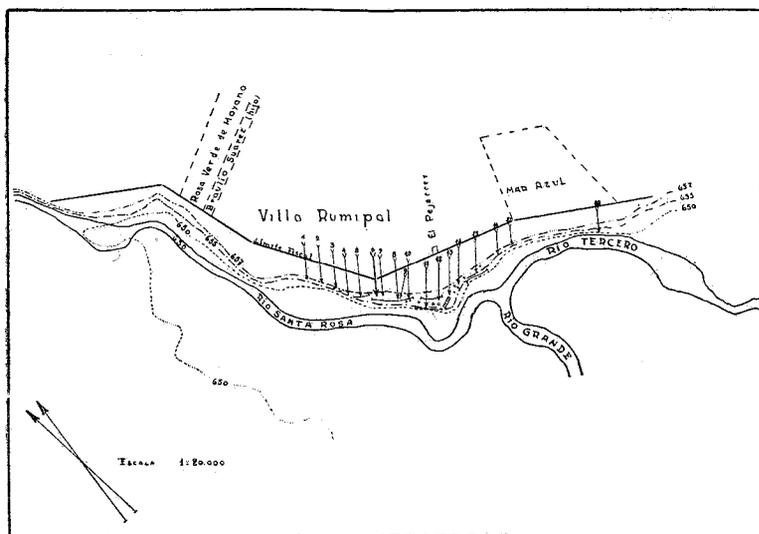
El río Santa Rosa desemboca en el lago por su ángulo N. O. después de haber corrido por el fondo del pintoresco valle, engalanadas sus márgenes por espléndidos sauzales. Ha existido en ese sitio una antigua estancia. Señalan su presencia los viejos álamos del monte, parte de los cuales fueron sumergidos cuando las aguas comenzaron a subir. Aun hoy, en épocas de bajantes, pueden verse todavía en pie algunos de sus rugosos esqueletos.

La margen izquierda del río, que se confunde en determinados momentos con la orilla del lago, es en este sitio una escarpada barranca de casi veinte metros —ver mapa—. Aquí comienza al lugar de nuestras exploraciones. Desde esta confluencia hasta tres kilómetros en dirección a Rumipal no hemos efectuado ningún hallazgo. Las barrancas continúan, pero decreciendo en su altura progresivamente. En todo este recorrido el río Santa Rosa no ha estado a más de cien metros de la actual costa. Puede verse en el mapa y observarse su desnivel (veintisiete metros) con la costa normal del lago.

Prosiguiendo en dirección a la villa hemos hecho los primeros hallazgos a la altura de la flecha número 1. Se trata de los hallazgos comunes, ciertas cantidades de fragmentos de alfarería, manos de “conanas”, etc., etc. Al pie de la barranca —cota 655— es donde los hallazgos han sido más frecuentes y están circunscriptos en un espacio de pocos metros, repitiéndose luego más adelante —flecha número 2— en condiciones análogas. A veces hemos observado restos incluídos en el espesor mismo de la tierra vegetal que corona estas barrancas, punto indudable desde donde proceden todos los restos acumulados por las aguas. De aquí proceden también dos esqueletos sepultados el uno frente al otro en posición genupectoral lateralizado (5).

(5) Este hallazgo fué comunicado al Sr. O. Paulotti a fin de ser incluído en su trabajo sobre inhumaciones en el valle de Calamuchita presentado al Congreso del Norte y Centro. Córdoba, 1941.

Prosiguiendo el recorrido de esta margen en dirección a Rumipal y en el sitio marcado por la flecha número 4, en las proximidades de las barrancas allí existentes, hemos encontrado lo que describimos como “piso de viviendas”. Más adelante, estando el lago por debajo de la cota 655, queda al descubierto el amplio desplazado que vemos en la figura 1, lámina I, marcado en el mapa con la flecha número 5. Es fácil ubicarlo. Está a la derecha de la calle



Mapa con la ubicación aproximada de los hallazgos arqueológicos. Las distintas alturas de la costa están referidas a la torre de toma del dique.

del pueblo que termina junto al comenterio indígena, identificable por existir allí una amplia excavación destinada a servir de amarradero a las embarcaciones pertenecientes a personas del pueblo de Rumipal. En esta vasta playa se encuentran restos esparcidos uniformemente en toda su superficie. No hay lugares más o menos localizados donde se note una mayor frecuencia de piezas arqueológicas. A todo lo largo de la playa se van recogiendo puntas de flechas de hueso o de piedra, chaquiras, piedras trabajadas, etc., etc. Harían sin embargo excepción las raederas —lámina VI—

y el hornillo de pipa —figura 6—, encontrados todos en un radio menor de quince metros. En las proximidades de este lugar abunda la alfarería y la mayor cantidad de fragmentos pintados proceden de allí.

Frente al monte de sauces —figura 1, lámina I— al efectuar una excavación destinada a servir de atracadero a las embarcaciones, se descubrió una cantidad de restos humanos. Hasta la fecha calculamos que se han exhumado más de treinta esqueletos; por esta razón lo designábamos como cementerio —flecha número 6—.

En la playa que se extiende frente a esta excavación —cota 655— se han encontrado la moneda y algunos otros restos hispánicos. Suponemos por este motivo, que el mayor núcleo de población post-hispánica estuvo concentrado en este lugar.

A la izquierda del monte de sauces —orientándonos de frente al lago— existe un gran amontonamiento de piedras —flecha número 7— las que yacían a poca profundidad y que formaron paredes a juzgar por los restos conservados intactos en el espesor de la tierra vegetal. No había lajas y algunas de las piedras utilizadas eran fragmentos de morteros o conanas. En este hacinamiento formado por las aguas del lago, se encontraron cinco o seis torteros de barro.

Frente a estos lugares, a los que acabo de referirme, se hacía la confluencia en épocas pasadas, de los ríos Quillinzo y Grande y muy próximo a la costa objeto de este estudio, corría el Santa Rosa. Es indudable que este espacio entre los tres grandes ríos debe haber albergado una considerable población indígena. ¡Quien sabe cuántos tesoros arqueológicos duermen allí bajo las mansas y azules aguas del lago!

Prosiguiendo en dirección al dique —cota 655 existe una amplia playa —flecha número 8—, donde los hallazgos se repiten en condiciones análogas a la playa de la flecha número 5, de la que no es más que la continuación. Aquí también hemos encontrado restos humanos —flecha número 10— próximos a las barrancas de uno a dos metros de alto que flanquean la costa. En el lugar marcado con la flecha número 12 hallamos los fogones que describimos más adelante y a unos cincuenta metros de los mismos —flecha número 13— existen restos de paredes de piedra, apenas visibles en

la superficie —figura 2, lámina I—. A corta distancia de estas paredes encontramos otras, de adobe, de aspecto muy antiguo y que en la última bajante habían desaparecido por completo. Este lugar está próximo a lo “Boite Pejerrey”. Frente a ella, antes de formarse el lago, nacía el río Tercero por confluencia del Grande con el Santa Rosa. Allí hemos hallado varios esqueletos e igual cosa nos aseguran los pobladores del lugar.

Prosiguiendo hacia el E. los hallazgos se hacen paulatinamente más escasos, si bien a veces vuelven a repetirse; se trata como en los lugares descriptos al comienzo, de perímetros cortos y bien circunscriptos.

En el transcurso de esta descripción hemos visto el “paradero” en conjunto, mencionando al pasar hallazgos diversos, fogones, paredes, etc., etc.; describiremos en particular los más interesantes.

Paredes de piedra

Puestas al descubierto por la acción de las aguas como los demás restos arqueológicos provenientes del “paradero”, hemos encontrado en los sitios ya señalados restos de paredes de piedra. Se asemejan a las “pircas” usadas en la actualidad en las sierras cordobesas. Pudimos seguir una de estas paredes en una extensión de más de cinco metros. El lago había acumulado en desorden las piedras provenientes de la destrucción sufrida en uno de sus extremos. En su primitivo estado no alcanzaba a tener más de 0,50 metros de profundidad. Las piedras deben haber sido traídas de los cerros vecinos situados a dos kilómetros del lugar. Se trataba de fragmentos de rocas más o menos globulosas dispuestas con poco cuidado. También se habían utilizado como materia prima fragmentos de conanas y morteros. Ignoramos la forma y medidas de los recintos que formaban las paredes encontradas. En las proximidades de la pared señalada con la flecha número 7 los restos arqueológicos eran abundantes; en cambio, en las situadas frente al “Pejerrey” la exploración del terreno en un radio de quince metros fué estéril.

FOGONES. — Es de interés el hallazgo de algunos fogones cir-

culares, excavados en el espesor del terreno pampeano que hemos efectuado en el “paradero”. En una de nuestras habituales recorridas, comprobamos en un displayado existente unos cien metros antes del “Pejerrey” la existencia de una depresión de borde circular que se destacaba netamente del terreno circundante. El contenido estaba compuesto por una capa de tosquilla rodada, depósito evidente de las aguas que pocos días antes de nuestra visita cubrían el lugar. Más profundamente existía una mezcla de fragmentos de tierra quemada, carbón, pedazos de cáscara de huevos de avestruz y en proporción mínima algunos huesos quemados. Los bordes de esta cavidad se destacaban muy nítidamente del resto del terreno.

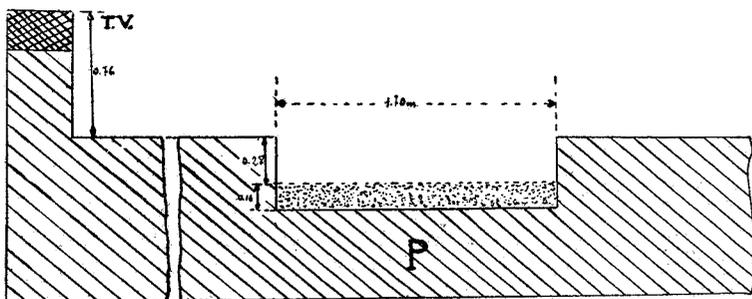


FIGURA 1

Pueden apreciarse en la fotografía, figura 3, lámina I, tomada cuando sólo habíamos extraído unas paladas del contenido. Los bordes presentaban una consistencia mayor que el resto del loess, consistencia debida con seguridad a la acción prolongada del fuego y que se perdía progresivamente hacia afuera hasta confundirse con el resto del terreno. Esta mayor cohesión de los bordes permitió que se conservase la primitiva estructura pese al embate de las aguas. En el esquema de la figura 1 hemos representado este fogón. El diámetro era de 1,70 metros. Desde el borde, hasta 0,28 mts. de profundidad estaba vacío y el relleno de tosquilla, carbón, etc., medía 0,16 mts. El fondo parecía confundirse con el terreno pampeano. Con respecto a la barranca cercana, de la que distaba 20 mts., su desnivel era de 0,76 mts.

Posteriormente hemos efectuado otros hallazgos similares, pero en ningún caso se nos presentaron los fogones en forma tan clara como el que acabamos de describir. Las aguas habían borrado en ellos los bordes, rellenándolos por completo con residuos diversos, lo que dificultaba su identificación. En las figuras 4 y 5, lámina I, pueden verse dos fogones de 1,30 y 1,50 mts. de diámetro, separados entre sí por una distancia de 3 mts. de borde a borde. Próximos a ellos el hallazgo de instrumentos líticos y alfarería fué muy abundante. La pieza de la figura 3 a, fué encontrada junto a uno de estos fogones.

Una cuestión de mucho interés se plantea acerca de cuál fué la superficie del terreno en que los fogones fueron excavados. Es decir, si fueron hoyos abiertos directamente en la superficie del loess —marcado con una P. en la fotografía figura 4, lámina I— o si esta circunstancia obedece a la intensa denudación efectuada por las aguas del lago, que han quitado la capa superficial de tierra vegetal —marcado con T. V. en la figura 5, lámina I—. El fogón de la figura 3 está alejado unos 20 metros de la barranca, lo que nos hace suponer que no fué puesto al descubierto por acción de las aguas, sino que fué excavado directamente en la superficie del loess que formaba allí la barranca del río Santa Rosa. El fogón de la figura 4, lámina I, marcado por la persona de pantalón blanco, es el mismo fogón de la figura 5 tomado de espaldas al lago. En esta última fotografía apreciamos la proximidad que tiene con la barranca —TV—, lo que podría hacernos sospechar su probable ubicación profunda con respecto a la superficie actual y su descubrimiento por la acción erosiva de las aguas, que han llevado a dos o tres metros de distancia la pequeña barranca.

Dentro del área geográfica de la provincia de Córdoba, a orillas de la laguna Mar Chiquita (6), se han encontrado también fogones indígenas en respetable cantidad. Estos fogones de las fuentes del río Tercero difieren de aquellos en varios aspectos. Por su tamaño son casi dobles o triples que los mayores medidos por Apa-

(6) FRANCISCO DE APARICIO y JOAQUIN FRENGUELLI, "Excur-
sión a la Laguna de Mar Chiquita (Prov. de Córdoba)" en Publica-
ciones del Museo Antropológico y Etnográfico. Serie A II Bs. As. 1932.

ricio. Su fondo no parece, a juzgar por los pocos casos observados, continuar el espesor y el aspecto compacto de los bordes. Si bien esta variedad no parece ser desconocida en Mar Chiquita, puesto que el autor citado presenta un caso similar —figura 7—, otra diferencia está dada por los bordes de los respectivos “fogones”. Los de Mar Chiquita tienden a ser ligeramente curvos, los de Rumipal son perfectamente verticales. Lo que nos indica un distinto proceso de fabricación, con una mayor simplicidad para los últimos, puesto que se trataba de un hoyo de 30 a 40 ctms. de profundidad, al que el fuego mantenido en su interior en forma más o menos constante ha endurecido progresivamente sus paredes.

Con respecto a la utilidad de estos fogones, su contenido no permite aquí las dudas planteadas con respecto a otras construcciones más o menos parecidas. Los fragmentos de huesos y restos de cáscaras de huevos de avestruz nos hablan de su destino culinario.

FONDOS DE VIVIENDAS. — Describiremos de la mejor manera posible un hallazgo que juzgamos muy importante. Tal vez el más importante de los que hayamos efectuado en Rumipal. El interés de esta observación radica en que contribuye a la solución de un asunto histórico largamente debatido: el de la vivienda de los primitivos habitantes de Córdoba.

Queremos llamar la atención a los futuros investigadores no sólo del lago del río Tercero, donde no sería difícil se repitan estos encuentros, sino a quienes realicen estudios arqueológicos a orillas de los lagos que en el futuro han de formarse con el embalse de las aguas por los diques que actualmente se construyen en Cruz del Eje y en La Viña. Valles que con seguridad albergaron importantes núcleos aborígenes y por lo tanto, a juzgar por los ejemplos de San Roque y Rumipal, han de ser pródigos en hallazgos y sólo una minuciosa observación del terreno nos podrá revelar la existencia de los vestigios que describiremos a continuación.

Habíamos visto en dos o tres oportunidades que, habiéndose retirado el lago en forma más o menos brusca de la costa pocos días antes de nuestra visita, quedaban “marcadas” próximo a las barrancas no muy altas y en sitios donde la denudación se había he-

cho sentir con alguna intensidad, superficies perfectamente delimitadas por un borde algo más saliente, o por estar en un plano algo más profundo que el resto del terreno en que se dibujaban.

Estas superficies eran siempre muy regulares en su perímetro, formaban cuadrados o rectángulos y ésta era la circunstancia que atrajo particularmente nuestra atención. Pues el hecho de que sobre la superficie del loess pampeano quedasen saliencias o depresiones, era perfectamente explicable por la desigual consistencia del mismo o por las numerosas vetas de tosea que le cruzan en todas direcciones y al ser erosionado por agentes de acción uniforme nos darían como resultado final una superficie sembrada de irregularidades, que en algún caso fortuito, al cruzarse varias de estas líneas de toseas, más o menos rectas, podrían simular un perímetro de cierta regularidad, pero que en ningún caso podría dibujar un cuadrado o un rectángulo de una manera tan clara como los que habíamos visto.

Otro hecho que nos llamó la atención es que dentro de estas mismas "superficies" efectuamos algunos hallazgos. En uno de ellos un fragmento de punta de flecha y en otros varias piedras trabajadas.

Empero estas observaciones, tal como las relatamos, no hubiesen figurado aquí si otro hecho que consideramos más significativo no las hubiese completado haciendo más factible la interpretación de tales vestigios.

En el lugar marcado en el mapa con la flecha número 4 observamos en las proximidades de una barranca de 1,10 mts. de altura, una de estas "superficies" delimitada sobre el loess como una depresión de nivel más bajo que el resto del terreno, figs. 1 y 2, lámina II.

Tres lados eran perfectamente visibles y dos de sus ángulos se pueden ver en las fotografías correspondientes de la lámina II marcados con sendas flechas en la figura 4. El cuarto lado, que con toda probabilidad cerraba el perímetro delimitado por los otros tres, había sido destruído por la erosión de las aguas.

El hecho que especialmente deseamos señalar era el siguiente: hacia el centro de esta "superficie" el terreno tenía mayor consistencia, como la que se observa en la periferia de los fogones

donde no se llegó a transformar por completo en ladrillo el terreno circundante, pero que adquirió por efecto del calor un mayor grado de cohesión. Adherida a esta superficie e incluida en el terreno eran visibles algunos fragmentos de carbón.

Sobre la costa termina abruptamente sobre una barranca algo más alta que la opuesta. Queda por lo tanto intercalada entre ambas a manera de escalón. A ambos lados de este escalón la barranca superior se confunde con al inferior formando una sola de unos tres metros de alto.

Quiere decir que nuestra "superficie" se ubica a manera de saliente en una barranca ininterrumpida de muchos metros de largo y de un alto constante. Fuerzas erosivas uniformes no podrían haber producido esa interrupción si el sedimento que falta, hasta completar la altura de tres metros, no hubiera sido menos compacto que el resto del terreno.

Descontemos la acción del agua como agente productor de la erosión que extrajo el sedimento que falta hasta igualar la altura de la barranca posterior. Significa que esta "superficie" ha estado a una profundidad de 1,10-1,50 mts. ¿Qué significado pueden haber tenido estos fogones encendidos a tal profundidad? ¿Cómo podría interpretarse la superficie que a su alrededor se dibuja? La explicación más sencilla es suponer que fueron pisos de viviendas construídos a bajo nivel, 1,10-1,50 mts. de profundidad aproximadamente. El calor del fuego encendido en estas habitaciones dió al suelo la característica consolidación que hemos encontrado.

Conocemos el tipo de habitación que utilizaron los indígenas de Córdoba, descriptos minuciosamente por numerosos cronistas, tantas veces citados, y a los que comprobaciones históricas posteriores ratificaron plenamente. Las habitaciones semisubterráneas con techos de paja son pues de existencia indudable y no podemos dejar de asociar los datos de orden histórico a estas observaciones arqueológicas.

No vamos a entrar a discriminar las informaciones de las crónicas; con algunas de ellas nuestros hallazgos pueden estar perfectamente de acuerdo; con otros, por ejemplo, las dimensiones que les asigna la *Relación* habría una franca discrepancia.

Con todo, para nosotros la existencia de estas "superficies" rectangulares, en una de las cuales hemos hallado rastros de fuego, encontraría la explicación más lógica suponer que fueron excavaciones rectangulares practicadas en las barrancas no muy altas —hasta una profundidad de 1,30 mts.—, abarcando en nuestro caso todo el espesor del humus y parte del pampeano. Sobre el piso de esta habitación, que medía 3,50 mts. de ancho en el caso descrito y cuyo largo hemos comprobado en otras observaciones hasta 6 mts., se habría mantenido encendido el fuego en muchas ocasiones y quedarían abandonados los utensilios que en algunos casos hemos hallado. Posteriormente, al ser abandonadas las viviendas, fueron rellenas por diversos materiales especialmente tierra vegetal, la que en el espacio que media entre el comienzo del relleno y la actualidad, no alcanzó en ninguna forma a ser tan compacta como el terreno donde se encontraba excavada la habitación. Al ponerse en juego la acción de las aguas del lago, la erosión atacó distintamente, por su desigual consistencia, al material de relleno y al circundante.

Claro está que una circunstancia fortuita como la bajante oportuna permitió la observación del piso más o menos intacto, pues de seguir la denudación comenzada por las aguas en ese lugar, poco podría haber durado tan leve vestigio. Esto explicaría la rareza de estos hallazgos, pese a la cantidad de indígenas que vivieron en el valle, a juzgar por los demás restos encontrados y que necesariamente debieron tener un gran número de viviendas.

Material arqueológico de piedra

PERCUTORES. — Numerosos ejemplares de percutores hemos encontrado a orillas del lago. Objetos de estructura por demás simple, huelga una detallada descripción. La mayoría son rodados más o menos cilíndricos, fácilmente adaptables a la mano. Llevan clara señal de su utilización en las numerosas esquirlas saltadas en uno de sus extremos por la fuerza de golpes repetidos.

NÚCLEOS. — Al igual que los percutores, son muy abundantes

los núcleos de piedra. Los materiales más usados son los rodados de cuarzo y de una arenisca cuarcítica de color rojo. Se los encuentra esparcidos a lo largo de todo el "paradero". En ningún momento hemos podido verificar la existencia de verdaderos talleres.

LÁMINAS. — Unas trescientas láminas típicas hemos recogido en Rumipal. Pertenecen a los tipos conocidos de las clasificaciones corrientes: triangulares, planas, externas y poligonales. La gran abundancia revela una activa labor en la preparación de instrumentos líticos que no guarda proporción con las piezas enteras recogidas. El material utilizado es casi exclusivamente la arenisca roja, aunque probablemente se deba esta exclusividad a que es más fácil identificar en el terreno a los instrumentos trabajados en este material que a los elaborados en cuarzo por distinguirse en la arenisca más nítidamente el trabajo intencional.

En la lámina III, pueden verse en las figuras a, b, c, tres láminas obtenidas de un núcleo de arenisca roja. Dos de ellas son triangulares, la tercera plana. En la cara interna es bien visible el bulbo y la esquirra de percusión. Los bordes son muy cortantes, de tal manera que aquí, como en otros casos similares, no es difícil se las haya usado directamente como cuchillos. Las dimensiones son en extremo variables. El ejemplar de mayores proporciones ilustrado en la figura mide 90 mm. de largo y 42 mm. de ancho.

INSTRUMENTOS EN FASE DE TRANSICIÓN. — Agrupamos bajo este rótulo todo una serie de instrumentos cuya descripción, aparte de tediosa, sería inútil, ya que es imposible clasificarlos en forma sistemática. Son útiles poco definidos, algunos inconclusos o abandonados por cualquier causa, a los que reunimos de esta manera para evitar que por exceso imaginativo podamos atribuirles funciones específicas. Son láminas con trabajo secundario que parecerían preparadas para producir instrumentos comunes, cuya morfología se presume en ciertos casos, pero sin ser alcanzada plenamente. En la lámina III incluimos tres elementos de este tipo. El ejemplar de la figura f parece ser una punta de flecha inconclusa; en cambio, el de la figura d termina en punta en ambos extremos. Están trabajados la mayoría de ellos en una sola cara.

RASPADORES. — Apenas una docena de instrumentos líticos hemos identificado como raspadores. Por lo general son formas groseras, pero cuya finalidad está claramente indicada. Están tallados en una sola cara, generalmente a grandes golpes, casi siempre en láminas de mucho espesor. Agruparlos por la forma no es posible puesto que no se la ha tenido en cuenta; carecen, pues, de valor morfológico. Al detenernos brevemente en ellos nos atenemos simplemente a su significado ergológico.

1°.) Raspadores trabajados en menos de la mitad de su perímetro. Abarca como tipo principal a los raspadores obtenidos mediante el trabajo efectuado en el extremo de una lámina más o menos alargada. Por lo general pocos golpes han sido necesarios para obtener el fin deseado.

2°.) Raspadores trabajados en más de la mitad de su perímetro. Láminas de formas y tamaños muy variables en las que se ha elaborado por presión o pequeños golpes la mayor parte de su perifería. En la lámina III, figuras g y h, se ilustran dos ejemplares. Puede verse que sólo queda en ellos una pequeña arista en bruto, la que se utilizó para empuñarlos.

3°.) Raspadores trabajados en toda su perifería. Un solo ejemplar entraría en este grupo. Está representado en la figura 2 a. Podríamos denominarlo también "punta raspador", denominación que se aplica a instrumentos muy parecidos. Se ha obtenido de una lámina de arenisca roja y su característica esencial es su gran espesor. La cara interna, muy plana, presenta un solo golpe, el que ha destacado una lasca bastante grande sobre uno de los bordes. La cara externa está trabajada también a grandes golpes y retocada posteriormente, sobre todo en las proximidades de la punta. Mide 66 mm. de largo y 45 mm. de ancho.

CUCHILLOS. — En menor número aun que los raspadores, están presentes esta clase de instrumentos líticos entre el utillaje procedente de Rumipal. El tipo que parece ser el más frecuente es el representado en la figura 3 b. Sus caracteres morfológicos salientes son: un dorso más o menos recto y el borde opuesto, en el que se ha elaborado el filo, perfectamente curvo. La cara interna está

intacta, en la opuesta sólo el borde utilizable está retocado en toda su extensión. Mide 58 mm. por 40 mm. Pertenece, con ligeras variantes, al mismo tipo el ejemplar de la figura 2 b. Este tipo de cuchillo se lo ha encontrado en Patagonia con la diferencia de poseer el diámetro longitudinal más desarrollado, se los encuentra en el río Uruguay Medio (7) y en la provincia de Buenos

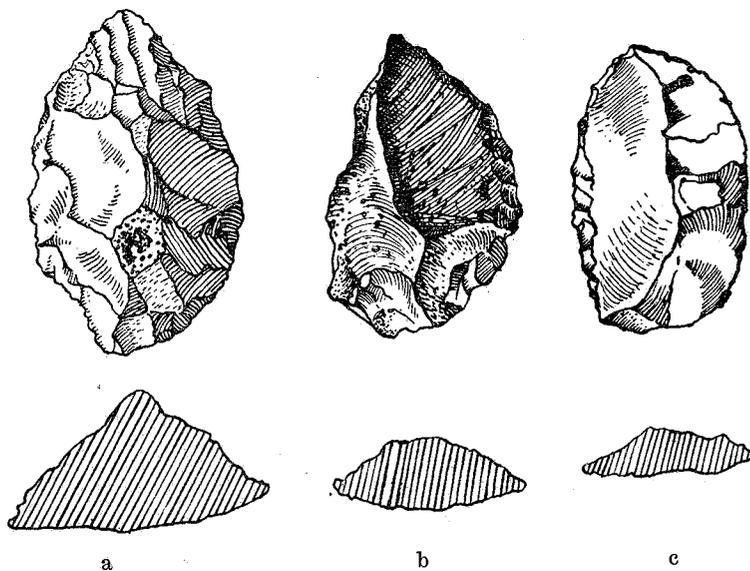


FIGURA 2. — a, Punta raspador; b, c, cuchillos. 2/3 del tamaño natural

Aires (8). Un segundo tipo es el cuchillo elipsoidal de la figura 2 c. Está trabajado en la arenisca roja tan común entre el material de este yacimiento. Su cara interna conserva aún el bulbo de percusión, aunque está retocada en una de sus aristas a fin de producir el filo. La cara externa está dividida en dos por una larga arista

- (7) ANTONIO SERRANO, "Exploraciones arqueológicas en el Río Uruguay Medio", Paraná 1932, lámina XIV.
 (8) FRANCISCO DE APARICIO, "Contribución al estudio de la arqueología del litoral Atlántico", Boletín Academia Nacional de Ciencias. XXXII, 1932, p. 102.

longitudinal. Está tallada a grandes golpes y sólo lleva retoque en el borde útil. Mide 56 mm. por 32 y 12 de espesor. Outes describe ejemplares similares procedentes de Patagonia (9).

La última variedad de cuchillos y probablemente la más interesante, es la representada en la figura 3 c. Está trabajado en ambas caras de un fragmento de cuarzo. El detalle primordial de su morfología lo constituye una disminución sensible de su ancho que abarca un tercio del largo total y que constituye una especie de pedúnculo, signo del uso enmangado de este artefacto. El filo es muy pronunciado, afecta una forma muy curva. Hemos encontrado ejemplares idénticos en San Roque y Los Gigantes.

HACHA. — En la lámina VII, figura 2, vemos una hacha tosca, trabajada también en arenisca roja. Presenta una cara interna muy convexa, mientras que la externa presenta la rugosidad del rodado de donde fué desprendida. Uno de los bordes ha sido tallado a golpes muy amplios hasta obtener un filo curvo, mientras que el borde opuesto se ha dejado con su espesor originario, a manera de talón fácilmente adaptable a la mano. Proveniente del Observatorio, describe Outes (10) un ejemplar parecido. Del litoral, Serrano (11) presenta un ejemplar con el que guarda similitudes. Por su técnica, ya que no por su forma, sería análoga a algunas grandes hachas descriptas por Aparicio (12) provenientes del Neuquén y por Vignati (13) de Tierra del Fuego. Mide 146 mm. de largo, 113 mm. de ancho, 45 de espesor.

-
- (9) FELIX F. OUTES, "La edad de piedra en Patagonia", Bs. Aires, 1905, p. 359.
- (10) FELIX F. OUTES, "Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba", Revista del Museo de La Plata, t. XVII. Bs. As., 1910, figura 74.
- (11) SERRANO, obra citada.
- (12) FRANCISCO DE APARICIO, "Viaje preliminar de exploración en el territorio del Neuquén". Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico. Serie A III. Bs. As. 1933, p. 54.
- (13) MILCIADES A. VIGNATI, "Arqueología y antropología de los "conchales fueguinos". Revista del Museo de La Plata, t. XXX, p. 109.

HACHA DE MANO. — Un instrumento sumamente interesante, tanto por su morfología como por su ejecución, es el representado en la figura 3 a. Está trabajado con suma prolijidad y amplio dominio de técnica, de tal manera que se lo ha terminado con una simetría y seguridad realmente notables.

Corresponde muy bien a la típica hacha de mano del paleolítico europeo. De forma amigdaloides, presenta una talla bifacial muy bien ejecutada. En una de las caras se notan algunos golpes que han desprendido esquirlas relativamente grandes, pero sobre los

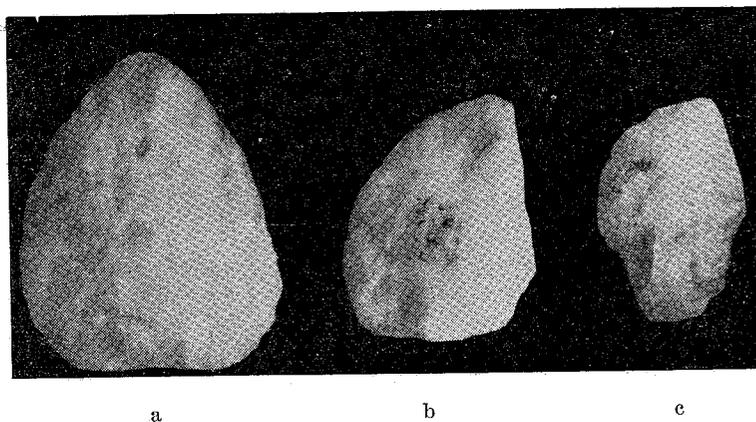


FIGURA 3. — a, Hacha de mano; b, c, cuchillos

bordes se ha efectuado un cuidadoso retoque de tal manera que el filo de toda la periferia resulta muy pronunciado.

No conocemos instrumentos similares encontrados dentro de la provincia de Córdoba. Provenientes de Patagonia, Outes ⁽¹⁴⁾ describe algunos ejemplares del todo semejantes. Nuestra pieza fué encontrada próxima al fogón señalado en el mapa con la flecha número 12. Este objeto no ha sido excepcional, puesto que poseemos otro similar aunque más grosero, y varios fragmentos correspondientes a otros tantos ejemplares. Mide 83 mm. de largo, 69 mm. de ancho, 22 mm. de espesor.

(14) OUTES. "La Edad, etc.", pág. 289.

PUNTAS DE FLECHA DE PIEDRA. — Poseemos más de 70 puntas de flecha, enteras o casi enteras, provenientes de la margen del lago objeto de este trabajo.

PUNTAS APEDUNCULADAS. — El tipo más abundante es el de las puntas triangulares sin pedúnculo, con sus distintas variedades. Como lo hemos hecho notar en otras oportunidades es el más frecuente en todas las estaciones arqueológicas de la provincia de Córdoba. En el abrigo de Ongamira fué el único encontrado ⁽¹⁵⁾. Predomina netamente la variedad triangular isóceles, con lados rectos o convexos y base recta o escotada y el resultante de la combinación de estos caracteres entre sí. Pueden verse ilustrados algunos ejemplares en la lámina IV.

El material más utilizado en la confección de puntas de flechas es el cuarzo. Lo sigue en mínima proporción la arenisca roja (siete ejemplares) y el ópalo (cinco ejemplares). Con respecto a la técnica empleada diremos que todas las puntas están trabajadas en ambas caras, notándose claramente en sus aristas el retoque a presión al que han sido sometidas. El esmero puesto en la ejecución de las puntas es variable, los ejemplares trabajados en cuarzo son más groseros que los fabricados en ópalo o arenisco roja; asimismo éstos son los más pequeños, las medidas oscilan entre 66 mm. de largo y 21 mm. entre el ejemplar más grande y el más pequeño.

PUNTAS PEDUNCULADAS. — Sólo tres puntas de flechas pedunculadas hemos obtenido del "paradero". La característica fundamental de estas piezas es el pedúnculo muy ancho y proporcionalmente largo, análogo al de las clásicas puntas pedunculadas de Patagonia, sobre todo en el ejemplar c de la figura 4 en que el pedúnculo se destaca netamente del resto de la pieza. En los otros dos ejemplares el pedúnculo se manifiesta en forma progresiva y gradual del cuerpo de la punta. Estas dos piezas son parecidas por este detalle a las puntas publicadas por Outes ⁽¹⁶⁾ procedentes de

(15) ALBERTO REX GONZALEZ, "Restos arqueológicos del abrigo de Ongamira". Trabajo presentado al Congreso de Historia del Norte y Centro. Córdoba, octubre de 1941.

(16) OUTES, "Los tiempos, etc.", p. 337.

la estación I del Observatorio Astronómico. Mide el ejemplar de mayor tamaño 52 mm. de largo. Es curioso que no se haya encontrado el tipo de punta pedunculada con aletas y pedúnculo pequeño, frecuente en la región andina y que en Córdoba abunda en la estación de San Roque y hemos señalado también procedente de los yacimientos de Soto ⁽¹⁷⁾ y Olaen y que sólo aparezcan estas puntas, semejantes a las provenientes de la provincia de Buenos Aires y de la Patagonia. En regiones más próximas, a orillas del río Quinto ⁽¹⁸⁾, también se ha encontrado este tipo de punta de flecha.

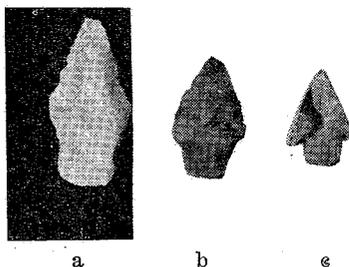


FIGURA 4. — Puntas de flechas pedunculadas

LANCETAS. — Poseo cuatro instrumentos líticos que, por su morfología, me creo obligado a separar de las puntas de flecha con las que guardan, sin embargo, cierta analogía. Uno de ellos está ilustrado en la figura i, lámina III. Están trabajados por un cuidadoso retoque marginal en ambas caras de una lámina de arenisca roja. Terminan por una punta muy aguda en una de sus extremidades. En el otro extremo, y ésta es su principal característica, también terminan en punta, pero no tan afilada como la primera sino algo más roma. Mide 55 mm. de largo, 12 mm. de ancho y 10 mm. de espesor.

- (17) El trabajo en que describimos este yacimiento se encuentra desde 1939 en el Museo Nacional "Bernardino Rivadavia" en cuyos Anales se nos prometió publicarlo.
- (18) OSCAR MANTO, "Hallazgo de un "paradero" indígena en la margen derecho del río Quinto (Departamento de General Pedernera), provincia de San Luis", en Anales del Primer Congreso de Historia de Cuyo, V. 215. Mendoza, 1938.

BOLAS. — Hemos reunido nueve ejemplares de piedras de boleadora, seis de ellos ilustrados en la lámina, procedentes del “paradero”, fruto de nuestros propios hallazgos y de los efectuados por algunos vecinos. Objeto codiciado por el paisano y fácilmente reconocible por el turista que frecuenta las márgenes del lago, para que nuestras excursiones nos hayan proporcionado tal número deben haber sido muy abundantes. Cuatro ejemplares de estas bolas llevan surco ecuatorial, en dos de ellas de cuidadosa factura, la superficie es muy tersa merced al delicado pulido que presentan. El ejemplar de mayores dimensiones de los representados en la lámina V, mide 55 mm. en su diámetro ecuatorial y 61 mm. en el diámetro polar.

Los cuatro ejemplares sin surco están también trabajados en rocas graníticas, tienen forma más o menos esféricas, el pulido no es tan acabado como en las anteriormente descriptas.

MANIJA. — Un pequeño ejemplar de bola, de sección fusiforme, cuya punta termina en una depresión claramente marcada es sin duda una manija, elemento frecuente en donde se han utilizado las bolas arrojadas.

PIEDRAS CON HOYUELOS. — Figura 6, lámina VII. Poseo varias piedras de tamaño variable, discoides, con dos caras planas, análogas a las manos de “conana”. En una o en ambas de estas caras llevan depresiones digitiformes más o menos profundas.

Ya en otra oportunidad ⁽¹⁹⁾ señalábamos la presencia dentro de la provincia de Córdoba de piedras con hoyuelos análogos a las que se encuentran en las estaciones arqueológicas del litoral. Pero en esas piedras con hoyuelos provenientes de Ongamira y San Roque —igual que un ejemplar existente en el Museo Provincial de Ciencias Naturales, hallado en Tanti— el hoyuelo está muy bien trabajado, bastante profundo, sus bordes son muy netos y de mucha regularidad. Por el contrario, en los ejemplares de Rumipal el hoyuelo es poco profundo, irregular, producto de una percusión grosera, que nos podría hacer suponer que se trata de yunques.

(19) Restos arqueológicos, etc.

Mas como un ejemplar se aparta por completo de los restantes, es valedero el título del epígrafe.

MORTEROS Y MOLINOS — Gran cantidad de artefactos destinados a la molienda de granos se encuentran en el “paradero”. Señalaremos tres tipos: 1°.) Conanas. Son abundantísimas estas lajas de piedra de tamaño y formas diversas utilizadas como molinos. El desgaste de una de sus caras o de ambas es tan intenso, que en la mayoría de los casos están ya perforadas por el uso. A veces las hemos encontrado agrupadas de tres o cuatro y esparcidas a su alrededor las manos correspondientes.

2°.) **MORTEROS COMUNES**. — Es frecuente, pero en menor proporción que las “conanas”, el hallazgo de morteros excavados en fragmentos graníticos más o menos irregulares que presentan una cavidad cupuliforme. Pero al lado de estas formas rústicas hemos visto hermosos especímenes globulares, de superficie cuidadosamente pulida y cavidad perfectamente regular —verdaderos modelos en su tipo— fabricados con la misma técnica utilizada habitualmente en la confección de instrumentos de piedra pulida.

3°.) **MORTEROS POCO FRECUENTES**. — Otra variedad de mortero, perteneciente a un tipo, si no excepcional, muy escaso, es el reproducido en la figura 7, lámina VII. Se aparta del tipo común por el predominio que en él tienen los diámetros transversos y por la poca profundidad de la excavación que lo asemejan a una especie de plato. Por lo demás, es digno de tenerse en cuenta la perfección, tanto del trabajo de preparación que produjo una perfecta regularidad en la forma, como el pulido posterior. Mide 190 mm. de largo, 170 mm. de ancho, 75 mm. de alto.

HACHAS DE PIEDRA PULIDA. — Varias hachas de piedra con cuello circular han sido halladas en el “paradero”. Hemos visto algunos ejemplares en poder de vecinos de Rumipal, algunos de ellos de extraordinaria perfección, con canales longitudinales paralelos al eje de la pieza. Debido a la circunstancia de ser objetos fácilmente reconocibles no escapan a la curiosidad de quienes por cual-

quier causa recorren las márgenes del lago. En nuestras recorridas sólo hemos encontrado el ejemplar de la figura 5 a, que en nada difiere de los tan comunes en los demás yacimientos arqueológicos de la provincia. Procede del lugar marcado con la flecha número 15.

Otro tipo de hacha, del que poseemos dos ejemplares, es el de hacha sin cuello. Al describir el material del yacimiento de Ongamira rotulábamos con el nombre de "manos con filo" a las grandes hachas, algunas de las cuales llegan a medir hasta cerca de 50 ctms. No queríamos incluir bajo una común denominación a ins-

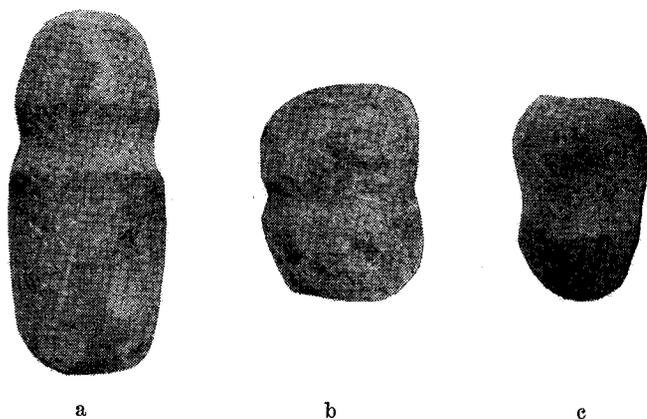


FIGURA 5. — Hacha y martillos

trumentos cuyos usos debieron ser tan distintos como su morfología. Es necesario establecer una agrupación sistemática de esta clase de instrumentos líticos, y mientras no se realice, separamos de esta manera las largas hachas parecidas a manos de morteros de las pequeñas hachas de cuello. Los ejemplares procedentes de Rumipal miden 29 y 33 ctms. de largo, uno está representado en la figura 2, lámina VI, presenta una sección ovalada y lleva un filo muy pronunciado

MARTILLO. — Fabricados en diorita con la misma técnica empleada en la fabricación de las hachas. Poseemos dos martillos hallados en Rumipal. Uno de ellos presenta forma cilíndrica y está

circundado en su parte media por un surco análogo al de las boleadoras. Lleva numerosas señales de uso. Un ejemplar exactamente igual, encontramos a orillas del río Soto.

El otro ejemplar que poseemos, figura 5 c, es muy pequeño, sólo mide 45 mm. de largo y 29 de ancho. Está provisto de un cuello poco profundo y presenta señales de uso repetido en su extremidad menor. En la misma figura incluimos la pieza b. No ha podido ser un martillo, debido a la fragilidad de la roca en que está fabricado. Presenta una forma prismática y un cuello delgado y profundo en su parte media. La superficie sólo en parte presenta señales de pulido.

RAEDERAS. — Rotulamos con este nombre a piezas análogas a las descritas por Outes bajo esta denominación, en su clásico trabajo sobre la arqueología de Córdoba (20), a pesar de que las piezas ilustradas por nosotros bien pudieron servir, una como cuchillo y la otra como sierra. Poseemos tres ejemplares, dos de los cuales están ilustrados en las figuras 4 y 5, lámina VI. El primero está trabajado en un fragmento de esquisto arcilloso de sólo 5 mm. de espesor. En su borde cóncavo se ha logrado mediante un paciente pulido un filo muy pronunciado. Sobre el borde recto se nota una especie de semicanal que nos revela el procedimiento mediante el cual se separó a la pieza del resto de la materia prima. Ambas caras están muy pulidas y en una de ellas puede verse una lustrosa pátina. Mide 203 mm. de largo.

El segundo espécimen tiene forma semilunar y está provisto en su borde cóncavo de pequeñas muescas que forman dientes que le dan un aspecto de serrucho. Hemos podido aserrar con este instrumento fragmentos de hueso. Mide 220 mm. de largo. Estos dos ejemplares fueron encontrados muy cerca el uno del otro en el displayado que marca la flecha número 5. El tercer ejemplar, no ilustrado, es muy pequeño. Presenta, al revés que el de la figura 5, el borde del filo, recto y el opuesto, curvo. Fuera de Córdoba hemos visto instrumentos similares encontrados en la provincia de Mendoza.

(20) OUTES, "Los tiempos, etc.", p. 321.

HORNILLO DE PIPA. — Poseemos varios fragmentos de hornillos y de tubos de pipas trabajados en barro cocido. Ninguno de ellos permite una reconstrucción acabada. El único ejemplar de hornillo entero que figura entre nuestros objetos es el ilustrado en la figura 6. De forma troncocónica, la cavidad del hornillo ocupa más de la mitad de la pieza (figura 6). Hacia la parte media de la superficie externa presenta un adorno formado por una cintura en relieve, interrumpida sólo por el agujero que daba paso al tubo. Este relieve está ornamentado en toda su extensión por una línea quebrada. Toda la superficie está muy bien pulida

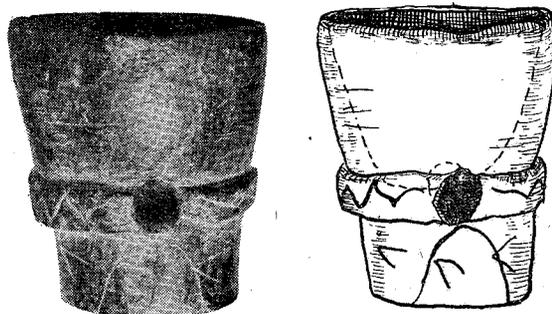


FIGURA 6. — Hornillo de pipa, tamaño natural

y presenta una brillante pátina verdosa. Ha sido trabajada en un fragmento de esteatita con un instrumento cortante, a juzgar por las impresiones más o menos profundas que el pulido poco cuidadoso del interior del hornillo permite apreciar.

ADORNOS. — Trabajado en una roca oscura, muy tenaz, poseemos el pequeño objeto ilustrado en la figura 3, lámina VII. Es una cuenta de collar de forma troncocónica y está agujereada en el sentido de su eje mayor.

OBJETOS DE USO DESCONOCIDO. — Para terminar con los artefactos líticos describiremos los objetos de las figuras 5 y 8, lámina VII. El primero de ellos es un disco de piedra perfectamente pulido,

de caras planas y bordes convexos de mucha regularidad, cuya finalidad se nos escapa.

El objeto de la figura 8 tiene forma cilíndrica y termina por una punta roma. El extremo opuesto está fracturado. Se lo ha elaborado en una roca muy frágil, por lo que suponemos se trata de un objeto de adorno y no un útil de trabajo.

Instrumentos de hueso

PUNTAS DE FLECHA. — Entre el material más frecuente en el “paradero” están las puntas de flecha trabajadas en hueso. Su hallazgo se efectuó casualmente en los sitios más diversos a lo largo de toda la costa. En una sola oportunidad hemos encontrado varios ejemplares agrupados. Al exhumar un esqueleto, al que le faltaba el cráneo, encontramos junto a los huesos del tórax, ocho puntas de hueso, una de ellas rota. Debido a que el hallazgo fué hecho en la orilla, barrosa aún por la bajante ocurrida pocos días antes, no pudimos comprobar la posición de las puntas con respecto al esqueleto, pero todo nos induce a suponer que al desdichado indígena —que para colmo de males era portador de una luxación congénita de cadera— lo dejaron sobre el terreno, usando la frase de los compañeros de González de Prado, “hecho un San Sebastián”.

La morfología de las puntas de hueso es variable, aunque parecen existir tipos constantes. Las hay pedunculadas y apendunculadas. Pueden verse en la lámina VIII.

Subdividimos las primeras en:

- a) De aletas cortas; son las más comunes, las aletas no sobrepasan del pedúnculo (figs. a, e, f, g).
- b) De aletas largas, son muy escasas: la longitud de las aletas es mayor que el pedúnculo (fig. b). Cualquiera de estos dos subtipos se puede subdividir a su vez en: con pedúnculo dentado o con pedúnculo liso.

En resumen:

- | | | |
|-----------------|---|--|
| 1) Pedunculadas | $\left\{ \begin{array}{l} \text{a) aletas cortas} \\ \text{b) aletas largas} \end{array} \right.$ | $\left\{ \begin{array}{l} 1) \text{ pedúnculo dentado} \\ 2) \text{ pedúnculo liso} \end{array} \right.$ |
| | | $\left\{ \begin{array}{l} 1) \text{ pedúnculo dentado} \\ 2) \text{ pedúnculo liso} \end{array} \right.$ |

2) Apendueculadas.

El limbo de todas estas puntas tiene, en términos generales, forma triangular. El pedúnculo es más o menos rectangular. Las puntas pedunculadas son frecuentes en los "paraderos" de la provincia de Córdoba. También se las ha encontrado en Santiago del Estero (21). En Santa Fe (22) y Buenos Aires (23) se las ha señalado esporádicamente.

Por el contrario, las sin pedúnculo, son muy frecuentes en el N. O. (24). Un detalle digno de tener en cuenta es el canal que lleva en cada una de sus caras el ejemplar ilustrado en la figura b ocupa más de la mitad del limbo y es muy profundo y nítido. La explicación de que fuera utilizado para albergar ponzoña, estaría en franca contradicción con lo que tanto nos repiten los cronistas. Otro detalle observado en varios ejemplares es la presencia de pe-

(21) DUNCAN y EMILIO WAGNER, "La Civilización Chaco-Santiagueña", Bs. As., lámina VI.

(22) ANTONIO SERRANO, "Material Arqueológico del Departamento de San Cristóbal" (prov. de Santa Fé) Quid Novi? No. 3, Rosario 1932. RAUL CARBAJAL, Apéndice de "Entre los Mocobies de Santa Fé" por Guillermo Furlong, Bs. As. 1938, fig. 10 A.

(23) F. DE OLIVEIRA CEZAR, "Datos Arqueológicos. Proximidad de Buenos Aires". Boletín del Instituto Geográfico Argentino, XVI.

(24) ERIC BOMAN, "Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama". París 1908. (pl. VI. t. 1). JUAN B. AMBROSETTI, "Exploraciones arqueológicas en la Ciudad prehistórica de la Paya". Revista de la Universidad de Buenos Aires, t. VIII. 1907, p. 50.

CARLOS BRUCH, "Exploraciones Arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca". Revista del Museo de La Plata. t. XIX. p. 99. Bs. As. 1913.

SALVADOR DEBENEDETTI, "La influencia hispánica en los yacimientos Arqueológicos de Caspinchango (prov. de Catamarca) en Revista de la Universidad de Buenos Aires. t. XLVI. Bs. As. 1918, p. 43.

queñísimos agujeros en la base del limbo, entre los límites de éste y el pedúnculo.

Están trabajadas todas en huesos largos y en algunas es visible, en su cara interna, restos del canal medular. El largo oscila entre 45 y 130 mm. El espesor entre 3 y 5 mm.

El ejemplar b es, por varios caracteres, excepcional; presenta un aspecto del todo particular. De superficie extraordinariamente bruñida, más que trabajada en un hueso largo de mamífero parecería hecha en una sustancia más compacta, análoga a la dentina. Boman hace referencia ⁽²⁵⁾ a puntas provenientes del N. O. que debían tener este mismo aspecto y que aquel arqueólogo suponía fabricadas en huesos de silúridos. El estudio microscópico reveló que se trataba simplemente de huesos de mamíferos, por lo que debemos suponer la existencia de una técnica especial que les daba el aspecto particular que presentan.

PALA DE HUESO. — En la figura 1, lámina VI, hemos reproducido un instrumento semejante a una palita. Fué encontrada en el displayado existente frente al cementerio —flecha número 6 del mapa—. Ha sido fabricada esta palita aprovechando la escápula de un mamífero muy voluminoso. Por medio de un instrumento cortante, el artesano indígena ha procedido a eliminar la espina del omóplato, quedando una superficie amplia y lisa al ser eliminado el límite natural de las fosas supra e infra espinosa. Ha rebajado el borde espinal del hueso dándole un contorno semicircular; en cambio, el extremo opuesto, de forma groseramente cuadrangular, es más espeso, adaptándose perfectamente a la función de mango. Mide esta pieza 225 mm. de largo y 85 de ancho. Poseo otro ejemplar similar, aunque incompleto. Outes ⁽²⁶⁾ presenta un instrumento de piedra al que da el nombre de pala; es considerablemente más voluminoso que el ilustrado por nosotros.

Por último, antes de terminar con los objetos de huesos debemos dejar constancia de la existencia en el “paradero” de punzones o perforados trabajados en huesos, de forma y tamaño va-

(25) BOMAN. Obra citada; p. 236.

(26) OUTES “Los tiempos, etc.”, p. 327.



— 947 —

riable, análogos en todo a los hallados en otros yacimientos. Son simples fragmentos aguzados, sin mayores detalles morfológicos, por lo que creemos inoficiosa su descripción particular.

OBJETO DE USO DESCONOCIDO. — En la lámina VI, figura 3, ilustramos un objeto cuya finalidad se nos escapa. Se trata de un metatarsiano de guanaco al que se le ha eliminado los dos tercios superiores de la cara posterior de la diáfisis, dejando al descubierto el canal medular. Se ha pulido cuidadosamente el interior y los bordes resultantes. En esta misma cara lleva próximas a la cavidad varias marcas simétricas y poco profundas. Las epífisis se han dejado intactas.

Alfarería

Numerosísimos fragmentos de alfarería hemos encontrado en nuestras excursiones por el "paradero" de Rumipal. Predominan netamente los fragmentos de cerámica lisa, muy tosca, provenientes de vasijas de uso diario, que a menudo, cuando no han sido muy lavadas por las aguas, llevan aún adherida una gruesa capa de hollín. Esta alfarería, grosera por su técnica, presenta una superficie irregular y la sección de fractura es de color muy negro; sólo en contadas ocasiones ha alcanzado el color rojizo de la cocción a altas temperaturas. El espesor es muy variable, llegando a alcanzar como máximo 20 mm. Por el grado de curvatura de los fragmentos se aprecia el gran tamaño de algunas vasijas. Siempre se ha usado como *dégraissant* arena de granos gruesos.

A la alfarería lisa, sigue en orden de importancia, por la cantidad, la alfarería grabada. En términos generales es de elaboración más cuidadosa y más fina que la cerámica lisa. Presenta también una mejor cocción. Los motivos decorativos son los comunes en otros yacimientos arqueológicos de Córdoba: líneas grabadas sobre la pasta fresca formando guardas geométricas alrededor de los bordes (figura j, lámina IX) o registros colmados de quintos grabados con un instrumento de punta cuadrada, rectangular o en forma de ángulo.

Existen también los motivos formados por simples líneas grabadas distribuidas irregularmente (figura a) o bien paralelas entre sí grabadas con instrumentos poseedores de un gran número de pequeños dientes (figura d). Otro motivo de ornato de las vasijas es el resultante de aplicar tirillas de barro que quedan en relieve sobre la superficie del vaso (figuras f y l). Esta tirilla es a su vez adornada con puntos o líneas.

Uno de los fragmentos grabados lo consideramos de gran interés (figura c, lámina IX). Apartándose del tipo común presenta un grabado que, por la técnica con que fué ejecutado, como por el motivo decorativo, es exactamente igual a algunos de los más frecuentes en las regiones del litoral. Su proveniencia de esas regiones por vía del río Tercero no ponemos en duda. Hemos realizado la observación microscópica de la arcilla empleada, buscando espículas de esponjas con resultado negativo.

ALFARERÍA PINTADA. — Ocupando el último término en proporción numérica, la alfarería pintada —en una o en ambas caras— se hace presente entre el material exhumado en el “paradero” por una buena cantidad de fragmentos. El color utilizado casi con exclusividad es el rojo. Aplicado la mayoría de las veces sobre la superficie externa de los vasos. Es una pintura no muy brillante, aunque sí muy adherida y puesta en capas bastante espesas. En algunos fragmentos excepcionales lo terso de la superficie sobre la que está aplicada la pintura le da una apariencia de engobe. Otro fragmento excepcional es el ilustrado en la figura e. Está pintado en su interior de color blanco, utilizado como fondo, y luego por una serie de líneas rojas oblícuas al borde. La parte externa es roja, llevando una línea negra de 2 ctms. de ancho paralela al borde. Motivos idénticos hemos encontrado en dos pocos provenientes de Catamarca pertenecientes al tipo Chaco-Santiagoño, que se guardan entre las colecciones del Instituto de Arqueología de la Universidad de Córdoba; es tal la similitud, que podrían pasar como fragmentos de esos mismos vasos. En Soto habíamos encontrado pedazos de esta misma alfarería señalando ya su procedencia alóctona. La pasta utilizada en la fabricación de esta alfarería es más homogénea y

compacta que la empleada en los otros tipos. Su cocción es asimismo más uniforme y se revela en la superficie de fractura por su intenso color rojo.

En este “paradero” parece ser escasísima la alfarería con impresiones de redes; sólo poseemos pequeños fragmentos de los tipos más conocidos. En cuanto a la alfarería con impresiones de canastos, lo único encontrado por nosotros son los fondos de vasos con la estampa de la estera sobre la que fué asentado cuando la pasta estaba aún fresca. Pertenecen al tipo descrito por Outes (27). Para quienes hemos visto la abundancia de estos dos últimos tipos de alfarería con impresiones de redes y canastos, en algunos “paraderos”, no deja de causarnos cierta extrañeza su casi completa ausencia en Rumipal.

TORTEROS. — Trabajados en barro cocido, poseo fruto de mis hallazgos o de los hallazgos de algunos vacinós de la Villa, 37 torteros. Veintiuno de ellos están decorados en una de sus caras con motivos grabados sobre la pasta fresca. En un caso estas líneas han sido realizadas mediante pintura blanca, figura b, lámina X, al igual que en algunas figuras antropomorfas.

El tamaño de los torteros es variable, las medidas oscilan de 57 a 21 mm. de diámetro y de 24 a 9 de espesor. El borde es la mayoría de las veces perfectamente circular. En tres casos se hace excepción a la regla —figuras a, d, ll—, los dos primeros presentan muescas en su perímetro, el tercero afecta la forma de una estrella de nueve puntas. Al corte, la forma más común es la de un triángulo de base muy ancha y ángulos romos (figura 7 d). Tres ejemplares son infundibuliformes (figura 7 a) y unos pocos presentan una sección de forma rectangular. Fuera de estos tres perfiles existen toda una serie de formas de transición. En todos los casos la cara inferior es plana. La cara superior es la única decorada. Sus motivos ornamentales son siempre a base de líneas rectas; sólo dos ejemplares hacen excepción. En ellos la ornamentación la constituyen círculos concéntricos a la perforación central.

La figura más usada en los torteros es la estrellada (figuras

(27) OUTES “Los tiempos, etc.”, p. 358.

e, e, h, k, etc.), cuyo interior o cuya periferia —figura h— se llena de puntos. En algunos especímenes se ha utilizado también la figura escalonada (figura f).

Estos torteros con figuras de estrellas son idénticos a algunos provenientes de la región diaguita. Dentro de la provincia de Córdoba, en el abrigo de Olaen, se los ha encontrado semejantes.

Un ejemplar excepcional por su ornato es el de la figura a. Lleva dos motivos en forma de “punta de flecha” opuestas por sus vértices y cuatro figuras en forma de L dispuestas en pares, de tal manera que las ramas horizontales estén dirigidas en sentido contrario. La primera de las figuras nombradas, es por demás

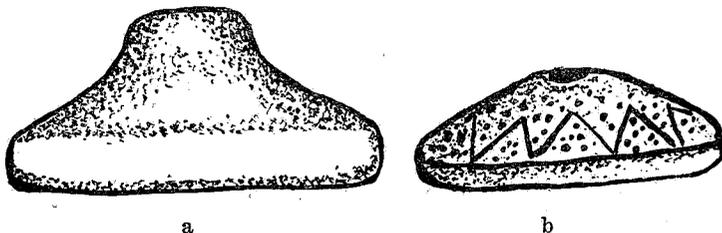


FIGURA 7. — Torteros, tamaño natural

interesante. Muy frecuente en los petroglyphos de las regiones andina y patagónica, aparece bajo esta misma forma en la región serrana de Córdoba (28). La interpretación habitual es que se trata del rastro del ávestruz. Aparece grabado también en los torteros de la llamada civilización Chaco-Santiagoueña.

Apartándonos algo del tema puramente descriptivo de esta monografía, no podemos dejar de hacer algunos comentarios que la presencia de los torteros nos sugieren. Es indudable la existencia, en determinado momento histórico, del uso de vestiduras de lana tejida entre los aborígenes de Córdoba. Abundan las referencias

(28) FRANCISCO DE APARICIO, “La Piedra Marcada de San Buena” en *Physis* XI, p. 472, figuras 2, 3 y 4.

históricas concretas y los hallazgos arqueológicos, como los que acabamos de describir, lo confirman. Pero hay algunos hechos que no podemos pasar por alto. En primer lugar, todos los torteros hallados por nosotros provienen de yacimientos arqueológicos donde la presencia de elementos europeos es innegable (San Roque, Rumpipal). En segundo lugar, los cronistas están muy lejos de ponerse de acuerdo en cuanto a la vestimenta de los aborígenes de Córdoba se refiere. Si bien Sotelo y Cieza nos traen datos muy concretos: "Es gente que de su natural se vestía de lana de ganado del Perú, que tienen alguno aunque más pequeño, traen unas camisetas grandes y otros mantas solas... (29), nos dice el primero. A su vez el segundo afirma que: "De verano traen unas camisetas no muy largas y de invierno mantas complidas de lana basta; las mujeres también andan vestidas desta ropa" (30). Lo mismo podría inferirse de la frase de Juan de Matienzo cuando nos dice: "es gente vestida a manera de diaguitas" (31), pero no es valedero su enunciado porque poco después, al referirse a la provincia de diaguitas, nos sorprende diciendo: "Hay en ellos muchos naturales, indios diaguitas, no andan bien vestidos". La Relación anónima tantas veces citada, y a la que debemos tantos datos interesantes, al decirnos: "Se hallaron haber casi treinta mil indios, toda gente (o) la más vestida, dellos con lana y dellos con cueros labrados con pulicia a manera de los guardamecis d'España" (32), si bien indica claramente el uso de vestidura, establece una división de indudable interés etnográfico: "dellos con lana y dellos con cueros". La mayor o menor importancia del problema así planteado radica en que las diferencias establecidas, se refieren o no a los integrantes de un mismo núcleo indígena. Finalmente, para terminar de esbozar este interesante asunto, no podemos dejar de

(29) En el "Tucumán Colonial", por Ricardo Jaimes Freyre, p. 97. Bs. As., 1915.

(30) Tercero Libro de las Guerras Civiles del Perú, en Historiadores de Indias. II. Madrid, 1909, p. 247.

(31) JUAN DE MATIENZO, "Gobierno del Perú", Facultad de Filosofía y Letras. Sección Historia, Bs. Aires 1919, p. 190.

(32) Transcrita por PABLO CABRERA en "Córdoba de la Nueva Andalucía", Córdoba, 1933, p. 38.

acudir a los informes del Palentino (33), que contradicen ampliamente las opiniones expuestas: “Estos indios barbudos son muy grandes y andan desnudos, tienen muy gruesos los cueros de las carnes”. ¿Se referirá tal vez a indios vistos en las batallas, que, según costumbre entre los indígenas de América, se despojaban de sus vestiduras? Lo cierto es que la cita reafirma la falta de uniformidad de opiniones con respecto al tema tratado, que se asegura más aun con la lectura de la carta del padre Barzana (34): “Los vestidos de los indios y indias desta tierra son diversos; los que sirven a Santiago del Estero y a San Miguel que son las ciudades más antiguas, andan vestidos como la gente del Pirú y así también andan muchos de Salta, Esteco y Córdoba; pero la gente de los pueblos que sirven a Esteco, ellos andan cubiertos con unos plumeros de avestruces, que en esta tierra hay gran copia dellos, y ellas con unos pequeños lienzos poco más de un palmo, así en tiempo de calor como de frío. La gente de Córdoba, aunque *andan casi de una misma manera*, pero aquellos pañitos que traen las mujeres son muy labrados, llenos todos de chaquira con que hacen labores muy galanas y *las camisetas que algunos principales traen y algunas mantas también las traen llenas de chaquira*”.

Como se ve, la vaga generalización del comienzo se encuentra reemplazada por la clara especificación de la segunda parte de la cita. El uso de la camiseta peruana o de mantas solamente “entre algunos principales”, señalando para gran parte de la población un simple delantal por toda vestidura. El interés de este enunciado reside —para nosotros— contrariamente a lo que parece haber observado el profesor Aparicio (35), en que la gran cantidad de fragmentos de figuras antropomorfas provenientes de los “paraderos” de la sierra, la única vestidura que parecen llevar es el delantal que tan bien nos describe Barzana.

(33) DIEGO FERNANDEZ, “Primera parte de la Historia del Perú”. Madrid, 1913, II, p. 40.

(34) Carta de ALONSO DE BARZANA en Apéndice III de las Relaciones Geográficas de Indias, II, Madrid, 1885.

(35) FRANCISCO DE APARICIO, “La Antigua Provincia de los Comechingones”, Cap. V, de la Historia de la Nación Argentina. Bs. As. 1939, p. 382.

ALFARFRÍA TUBULAR. — Un fragmento de alfarería que consideramos muy interesante es el representado en la figura 1, lámina VII, corresponde bastante bien a los restos que descubriera por primera vez Oliveira César en 1895, y que con diversas variantes morfológicas han sido descritas procedentes de estaciones arqueológicas del litoral. El fragmento de que nos estamos ocupando, tiene una forma más o menos troncocónica, aunque a dos centímetros antes de la mutilación que presenta en su base tiende a transformarse en francamente cilíndrica. La cavidad es regularmente cónica, pues el extremo inferior está ocluído. El borde superior presenta una pequeña saliente. Está modelada en una arcilla compacta, que presenta incluída en su masa algunos granitos de cuarzo y mica. Muy bien cocida, tiene un color rojo ladrillo muy uniforme. La superficie de fractura revela en cambio que la cocción no penetra muy profundamente, quedando entre la superficie interna y externa una línea obscura.

El espesor de las paredes es de 8 mm. No es esta pieza la única de que tengamos noticias; hemos visto otra semejante procedente de un "paradero" de Olaen.

Su presencia en Córdoba establece nuevos vínculos culturales con el litoral.

FIGURAS ANTROPOMORFAS. — Una extraordinaria cantidad de figuritas antropomorfas de terracota se han encontrado en la estación arqueológica de Rumipal. Son muchos los ejemplares que hemos visto en diversas colecciones que tenían esta procedencia. Nosotros mismo hemos realizado una abundante cosecha. En un trabajo anterior ⁽³⁶⁾ nos hemos ocupado de tan interesante tema. Muchos ejemplares hemos hallado o nos han facilitado vecinos de la Villa amigos nuestros con posterioridad a la presentación de nuestro trabajo.

Agrupábamos las cabecitas de acuerdo con el tocado que ostentaban, nada más que las cabecitas, pues son excepcionales los ejem-

(36) ALBERTO REX GONZALEZ, "Figuras Antropomorfas de las Paraderos Indígenas de Córdoba", presentado al Congreso de Historia del Norte y Centro. Córdoba, 1941.

plares que el lago entrega indemnes y sería entonces imposible tentar una clasificación más amplia.

En la lámina XI vemos una nueva serie de cabecitas procedentes de Villa Rumipal. Las figuritas a, b, c, d, e i, van provistas de vincha simple, es decir pertenecen al primer grupo, variedad a de nuestra anterior clasificación. En las figuras a y b, la vincha aplicada al "pastillage" ha desaparecido por mutilación, dejando una línea clara de menor cocción, como testimonio de su existencia. Como detalle particular hay que hacer notar los ojos ligeramente oblicuos de la figura a. El ejemplar c, es muy hermoso. Aunque lleva también una vincha simple, su ejecución es más acabada que la de los anteriores. Debajo de la vincha, un relieve provisto de finos trazos grabados indican el flequillo. Un detalle interesante es la línea quebrada que lleva sobre la frente, inmediatamente por debajo del flequillo. Los ojos presentan también una particularidad llamativa, están diseñados como en todas las figuras por una línea horizontal grabada profundamente en la pasta, pero en su ángulo externo, mediante un trazo sobreagregado, se le ha cambiado de dirección elevándolo hacia las sienas. En el ojo derecho lleva otra línea de dirección contraria a la descripta, de manera que en este ángulo lleva una figura de V acostada, con el vértice en el ángulo orbitario externo. Debe tratarse de la representación de un tatuaje. Nosotros hemos descripto una figura que en éste mismo sitio lleva un grabado circular. Como detalle digno de tenerse en cuenta es la pequeña pero neta incisión que lleva en el sitio correspondiente al nasión. Por último, sobre la barbilla, a partir del labio inferior, lleva la indicación de un tatuaje que hemos descripto como el más frecuente entre los habitantes de este "paradero" y que es el mismo que llevan las cabecitas b, e, i. La figura d, es una cabecita muyo carácter saliente es la firmeza de los trazos de los distintos accidentes del rostro. Por lo demás es muy sencilla. No lleva tatuaje y va provista de una vincha simple adornada con trazos incisos rellenos con pintura blanca.

La figurita f lo mismo que la j, va desprovista de tocado —segundo grupo de nuestra clasificación—. Las figuritas h y k, llevan

sobre la vincha protuberancias, adornadas con puntos grabados en la figura k. Ambas pertenecen a la variedad c.

Como últimos detalles de interés señalaremos las perforaciones que lleva la figura j, simétricamente dispuestas a ambos lados de la cara y las perforaciones nasales de un fragmento de figurita, que son oblicuas e independientes entre sí y distintas por lo tanto de otras conocidas en que la perforación de la nariz es horizontal y como tomando el tabique únicamente.

FIGURAS ZOO Y ORNITOMORFAS. — Un hecho que nos ha sorprendido al estudiar los restos arqueológicos de Rumipal y de Córdoba

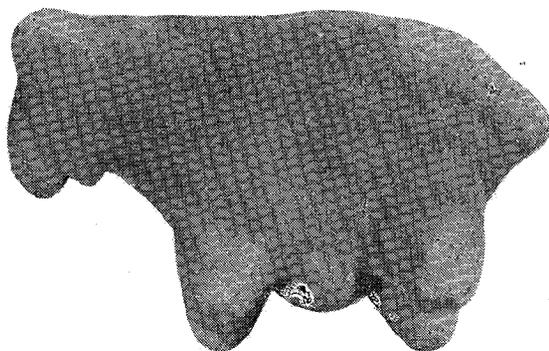


FIGURA 8. — Figura zoomorfa, tamaño natural

en general, es la predilección casi única de los artífices indios por la representación humana, habiendo alcanzado la coroplastia un desarrollo considerable, pues no se puede negar la belleza de ciertas formas dentro de su primitivismo. En cambio, las figuras de animales no tienen sino muy escasos representantes en la plástica de los antiguos pobladores del valle de Calamuchita y los demás yacimientos de Córdoba. Nosotros poseemos los restos de siete figuras de animales, número por demás exiguo comparado con el de las figuras antropomorfas. En general se observa, que si bien el modelado de figuras zoo u ornitomorfas ofrecía por la variedad de especies representadas un campo más amplio a la imaginación del

artista primitivo que el ofrecido por la representación de la figura humana, éstas tendían igual que a lo que se observan en aquellas, a la simplificación extrema de los detalles, pero a la obtención en conjunto de una figura realista, que permite la identificación del modelo en la mayoría de los casos.

La pieza que consideramos más perfecta, que afortunadamente está entera, es la de la figura 8. Aunque ejecutada con el criterio de simplificación a que hemos hecho referencia permite reconocer instantáneamente al modelo. Las orejas pequeñas, el rabo corto, la trompa prominente y la situación de la boca permiten identificar al tapir. Especie zoológica que aunque reducida hoy su habitat a los bosques norteños, debe haber vivido en épocas protohistóricas en los valles serranos.

Un detalle de mucho interés es lo abultado del vientre, que junto a la representación de los atributos sexuales que lleva, nos indican la representación plástica de una hembra grávida. Este detalle podría servir tal vez para la interpretación valorativa de la pieza. Es conocida la identificación que realizan algunos primitivos, entre el objeto y su respectiva imagen plástica o figurada y la influencia de mutua relación que entre uno y otro se establecen en virtud de esta identificación. En este caso trataríase de conjurar fuerzas para propiciarse prolífica existencia de piezas de caza.

Otra figura zoomorfa, que no ilustramos, está mutilada, pero el largo cuello permite identificar a una llama. Es una figura muy pequeña. Una tercera es la figura de un peludo. Análoga a las descryptas, permite ser reconocida por los estrías transversales que lleva en el lomo indicando las placas de la coraza. A excepción de la figura del tapir y de otra figura irreconocible, que lleva grabado tres puntos formando un triángulo en el sitio correspondiente, todas las otras no llevan atributos sexuales.

Entre las figuras ornitomorfas, la característica esencial es también la extrema simplicidad. En la figura 9 b, vemos un delgado fragmento de arcilla que lleva una incisión, por la que se representa el pico. En la parte media, un trazo horizontal de cada lado indica los ojos. Como detalle curioso, es de observar que detrás de la representación de los ojos lleva un grabado como el de algunas

figuras antropomorfas con los que se indican tatuajes en este sitio.

También en la misma figura vemos una representación que podría ser también ornitomorfa, se conserva parte del cuerpo, que se ha modelado en forma análoga a la de las figuras antropomorfas. Tiene pequeñas saliencias laterales como los muñones que en aquellas representan los brazos. Hemos visto varios ejemplares análogos, en algunos de los cuales se acentúa este carácter mixto antropo-ornitomorfo. Es una variedad muy interesante.

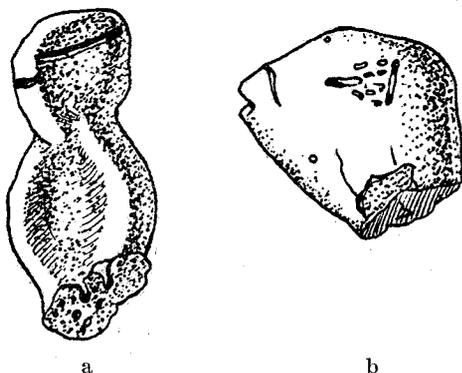


FIGURA 9. — Figuras ornitomorfas, tamaño natural

Objetos de metal

LÁMINA DE BRONCE. — En nuestras múltiples excursiones por los yacimientos arqueológicos de Córdoba que venimos realizando desde el año 1936, en solo dos ocasiones hemos hallado objetos de metal. Uno de ellos es el de la figura 4, lámina VII. Probablemente el fragmento de un cuchillo de bronce. Está muy mal conservado; mide 120 mm. de largo, 76 mm. de ancho, 3 mm. de espesor. La escasez de instrumentos de metal en las distintas estaciones arqueológicas de Córdoba nos induce a suponer, como ya lo hacía notar Aparicio (37), que los objetos de esta naturaleza vistos por los es-

(37) FRANCISCO DE APARICIO, "Investigaciones Arqueológicas en la región Serrana de la Provincia de Córdoba", en Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos "Gaea", I, p. 140.

pañoles en poder de los indios y que tan bien nos describen los cronistas, eran productos de importación. No sería difícil que en este mismo caso, estén algunos otros elementos culturales referidos a los Comechingones en las crónicas históricas.

MONEDAS Y MEDALLAS. — Un hallazgo de muchísimo interés, para fijar la cronología por lo menos de una parte de los elementos arqueológicos del "paradero", ya que por las condiciones mismas como se realizan los hallazgos tienen que mezclarse necesariamente los objetos de diversas épocas, lo constituye el hallazgo he-



FIGURA 10

cho junto al cementerio señalado con la flecha número 6, de monedas y medallas españolas. La representada en la figura 10, fué encontrada junto a otros ejemplares, que no pudimos obtener, en el zanjón que sirve de atracadero a las lanchas, de donde se han exhumado una gran cantidad de restos humanos. No sería difícil que estas monedas hayan estado depositadas al lado de algún cadáver. al igual que la observación hecha por Vignati (38) en la puna de Jujuy, puesto que muy próximas a ellas, según constatamos en nuestra visita efectuada al lugar del hallazgo pocos días después de efectuado, yacían dispersos varios huesos humanos.

La moneda sería según el Dr. Francisco Beltrán Posse, distin-

(38) MILCIADES A. VIGNATI, "Novissima Veterum". Hallazgos en la Puna Jujeña. Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie) 1 sección antropología 53-91. Buenos Aires, 1938, p. 84.

guido numismático de Córdoba, 1 real de plata acuñado probablemente en Potosí durante el reinado de Felipe V (1700-1746). Este hallazgo análogo a los efectuados en otros lugares del país, demostraría la subsistencia de la población aborígen en el "paradero" hasta comienzos del siglo XVIII, con la persistencia de los elementos característicos de su cultura material.

Otro hallazgo hecho en las proximidades es el de una medalla de aspecto muy antiguo. Lleva en el anverso la figura de un cristo en la cruz y en el reverso una imagen muy borrosa, que tal vez sea la representación del corazón de Jesús. No lleva inscripción de ninguna clase.

INHUMACIONES. — La forma más común con que los habitantes de las márgenes del Tercero enterraron a sus muertos, fué la misma utilizada habitualmente por los indígenas pobladores de los otros valles de las sierras; genupectoral lateralizado, sobre el lado derecho o izquierdo. Las sepulturas están por lo general aisladas. Solamente en dos oportunidades hemos encontrado los esqueletos enterrados en pareja. Frente al "Pejerrey" hemos hallado un gran número de restos e igual cosa nos informan los vecinos del lugar. Cuatro esqueletos exhumados en ese sitio, estaban separados entre sí por distancias de 8 a 13 metros, flecha N°. 14. Allí encontramos también un individuo decapitado, al que ya hemos hecho referencia. En otra oportunidad, hemos hallado en la playa señalada por la flecha N°. 9, un cráneo aislado.

En el sitio marcado por la flecha N°. 6, parece existir un cementerio, pues se han retirado hasta hoy restos correspondientes a más de treinta individuos. Nosotros no hemos encontrado esqueletos enteros. Siempre hemos hallado restos en completo desorden: sin embargo, los pobladores de la villa que realizaron la gran excavación que puso los restos al descubierto han insistido sobre el hallazgo de esqueletos completos.

Como último detalle de interés, señalaremos en ese lugar la existencia de pequeños nichos formados por piedras lajas. Puede verse uno de ellos en la figura 5, lámina II, después de haber sido quitada la piedra de la parte superior. Estaba relleno con tierra

vegetal y contenía restos óseos reducidos a polvo. Parecía tratarse de restos infantiles.

Señalaremos finalmente, que todos los cráneos retirados del "paradero", casi sin excepción son portadores de deformación del tipo tabular erecto. Esta deformación parece haber sido la predominante entre los aborígenes de la provincia de Córdoba. El grado de deformación y la plagiocefalia concomitante en la mayoría de los casos, es muy variable.

Conclusiones

En las primeras referencias históricas de Córdoba figura ya el valle de Calamuchita y sus primitivos pobladores.

Los compañeros del desdichado Diego de Rojas, nos hablan de la provincia de Talamo-ehica y del río de "Amazonas", que les serviría de ruta en la búsqueda del fortín de Gaboto. En Calamuchita sitúa Roberto Levillier (39) el Real donde permaneció una parte de los hombres de Mendoza mientras éste marchaba al litoral, opinión que no comparten todos los autores. En este Real habrían resistido los hispanos el hostigamiento constante de los fieros indios barbudos.

En los datos que nos suministran las antiguas escrituras y reparticiones efectuadas cerca de 50 años más tarde (40) se puede apreciar la existencia de una larga serie de pueblos con sus respectivos caciques, pobladores del valle de Calamuchita.

Desde otro punto de vista, la arqueología del yacimiento de Rumipal nos revela, confirmando los anteriores datos, la existencia de un importante núcleo de población aborígen asentada a lo largo de los ríos Santa Rosa y Tercero en una extensión de cerca de 4 kilómetros. Aprovecharon los indios las excelentes condiciones del valle y en particular la que le ofrecían la confluencia de los grandes ríos.

(39) ROBERTO LEVILLIER, "Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán", Madrid, 1926, p. 121.

(40) PABLO CABRERA, "Córdoba del Tucumán Prehispana y Protohistórica", Córdoba, 1932, p. 191.

Sus habitaciones, que parecen corresponder a las descritas en las crónicas como semienterradas, se encontraban de preferencia ubicadas en las proximidades de las barrancas o excavadas en ellas mismas.

Estas importantes poblaciones cuya llegada al valle es por ahora imposible precisar, son los mismos encontrados por los conquistadores y que se mantuvieron con la mayor parte de sus primitivas costumbres hasta una época bastante reciente, como lo revela las monedas españolas halladas en el yacimiento.

No sería difícil que una parte de los restos pueda corresponder a aborígenes prehispánicos. Siendo del todo imposible establecer ningún intento de estratigrafía, dada la remoción y mezcla que efectúa el lago, abonarían esta manera de pensar el hecho de que la mayoría de los restos humanos se encuentran enterrados en la posición habitual utilizada por los indígenas, llevan deformado el cráneo y no les acompaña ajuar funerario de ninguna especie. En el caso de tratarse de indios catequizados, cosa que debe haberse efectuado rápidamente en el valle, encontraríamos como en el cementerio marcado por la flecha N°. 6, medallas con imágenes cristianas y entierros a lo largo.

Por lo demás, ateniéndonos siempre al punto de vista arqueológico, el "paradero" de Rumipal se nos presenta como correspondiente a la cultura más difundida en las sierras de Córdoba y con poquísimas variantes, es en todo análoga a la que pobló el valle que hoy ocupa el lago San Roque, yacimiento típico de aquélla, y el más conocido.

Esta población mantuvo relaciones e intercambios con naciones aborígenes de regiones apartadas: ya hemos visto la similitud de algunos fragmentos de alfarería con piezas procedentes del área diaguita por un lado y con el litoral por el otro. Estas vinculaciones con el litoral se ven robustecidas por la presencia de otros elementos tales como las piedras con hoyuelos, las alfarerías tubulares, etc.

Por otra parte, sin perder el sello característico de la cultura dominante en Córdoba, presenta en el material lítico, algunas analogías con el procedente de la Provincia de Buenos Aires y de Pa-

tagonia. Cosa que, por otra parte, no puede sorprendernos dada la ubicación geográfica de este yacimiento y la proximidad de las tribus que poblaron la llanura, nómades por excelencia, que en sus correrías tienen necesariamente que haber llegado hasta las primeras estribaciones de las sierras de Córdoba. En épocas recientes abundan los datos al respecto. Como dato lingüístico el padre Cabrera (41) apunta, para regiones del Sur de Córdoba, algunas palabras etimológicamente vinculadas al Puelche y al Querandí. A su vez los historiadores consignan núcleos estrechamente emparentados a los mismos, como viviendo dentro del área geográfica de Córdoba (42). Asimismo, el P. Tomás Falkner nos dice que los Tehuelches llegaban a veces a orillas de los ríos Tercero y Cuarto (43). Si bien habla de una época en que los indios estaban ya en posesión del caballo, lo que facilitaría sus periódicas migraciones. Sin embargo, en épocas prehistóricas deben de haberse realizado en igual forma dadas las costumbres ambulatorias de aquellos indígenas, lo que en definitiva debe haber influenciado en sus costumbres a los núcleos habitantes de la serranía.

(41) CABRERA, obra citada, p. 193.

(42) JOSEPH SANCHEZ LABRADOR, "Paraguay Cathólico", Bs. Aires, 1936, p. 29.

(43) TOMAS FALKNER, "Descripción de Patagonia y de las partes Adyacentes de la América Meridional", en Pedro de Angelis. Buenos Aires, 1831, p. 37..

LAMINA I



Fig. 1

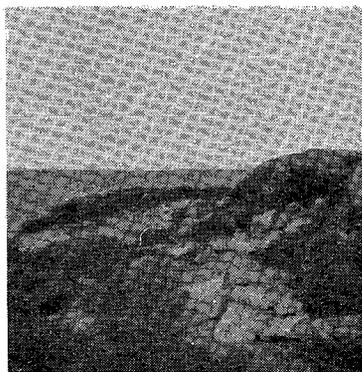


Fig. 2

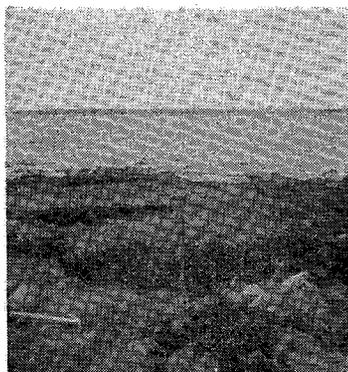


Fig. 3



Fig. 4



Fig. 5

LAMINA II

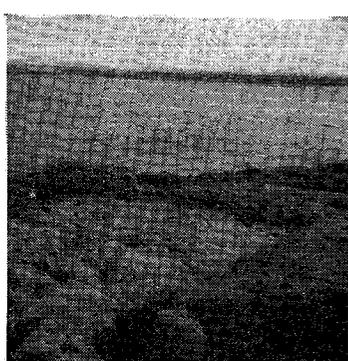


Fig: 1



Fig: 2

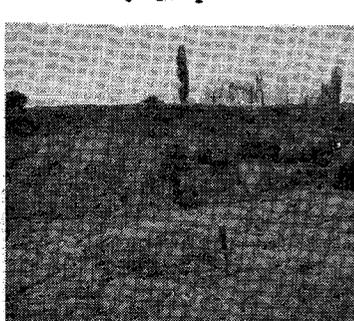


Fig: 3

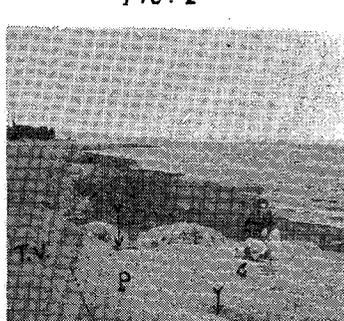


Fig: 4

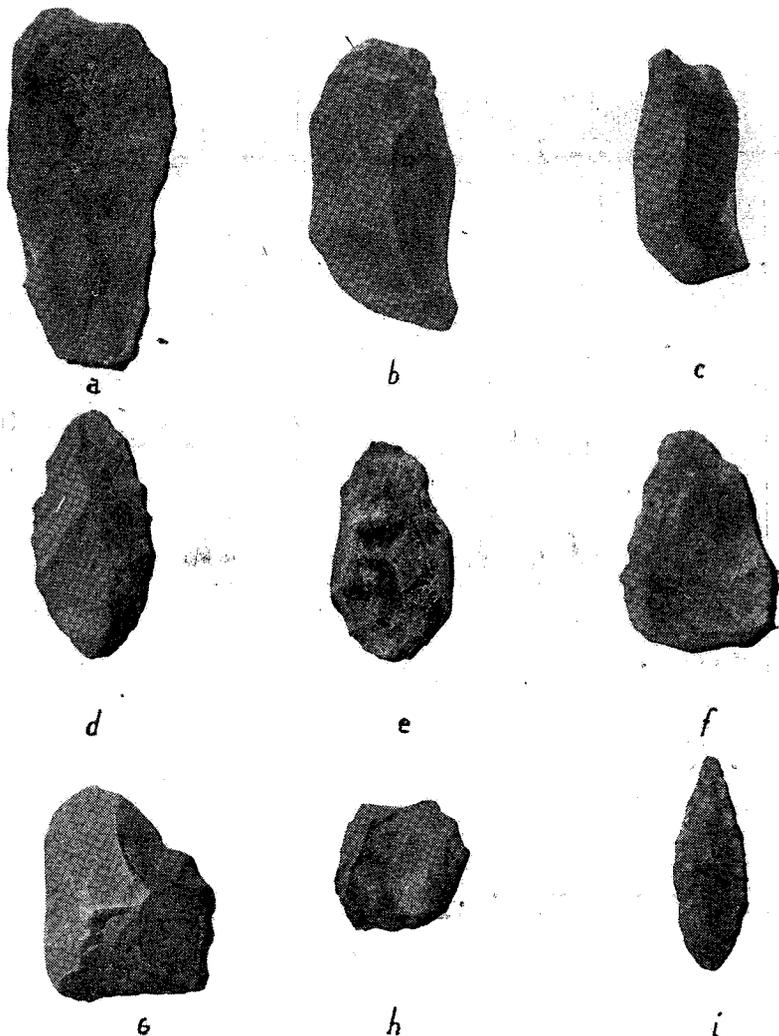


Fig: 5



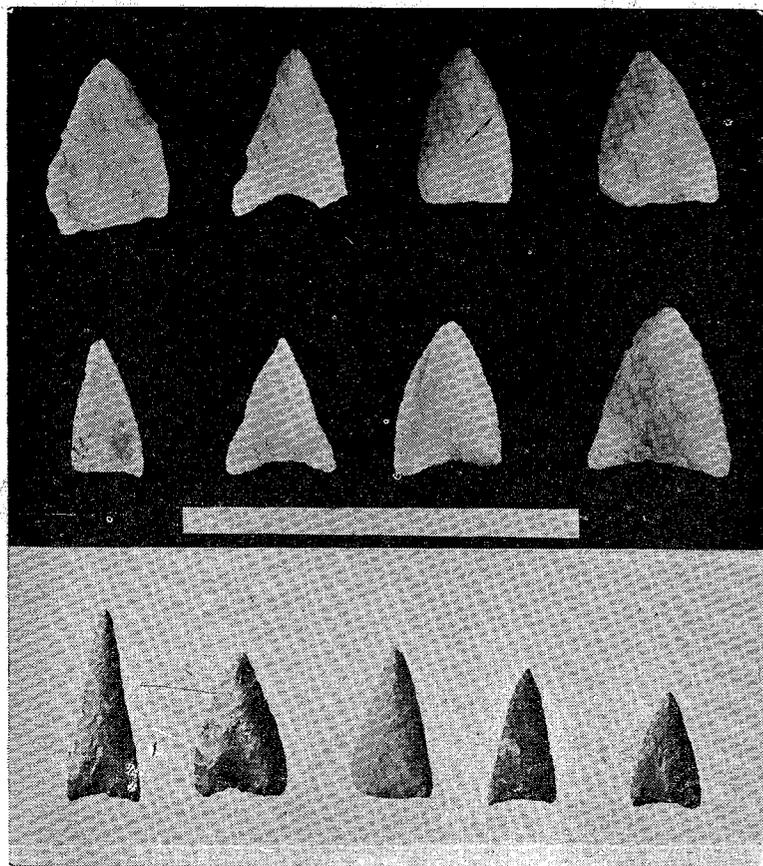
Fig: 6

LAMINA III



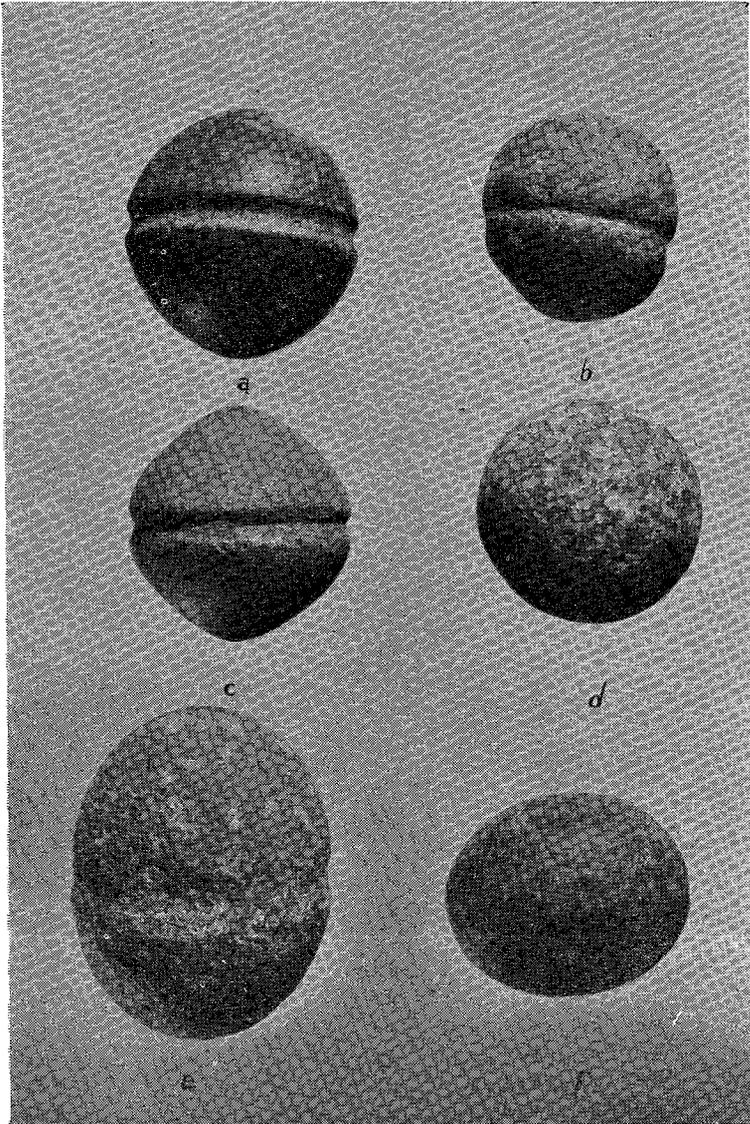
Instrumentos líticos. a, b, c, láminas; d, e, f, instrumentos en fase de transición; g, h, raspadores; i, lanceta. Aproximadamente 1/2 del natural.

LAMINA IV



Puntas de flecha de piedra. La línea blanca equivale a 10 centímetros

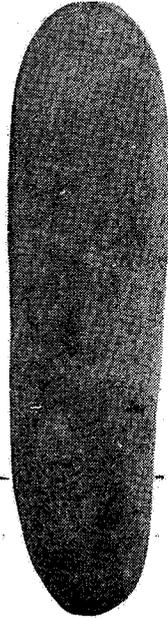
LAMINA V



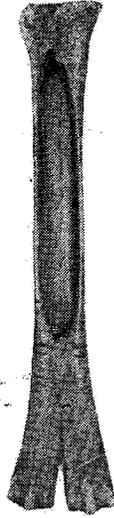
LAMINA VI



1



2



3



4



5

LAMINA VII

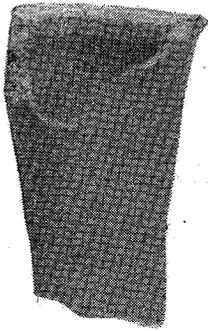


Fig. 1

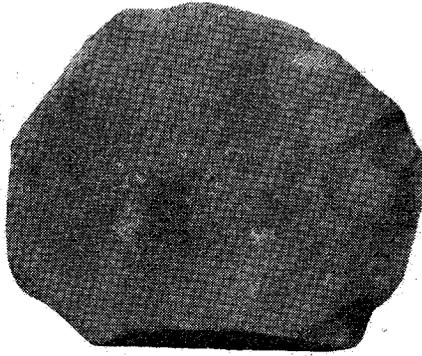


Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4



Fig. 5

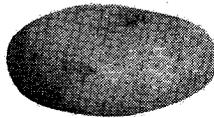


Fig. 6

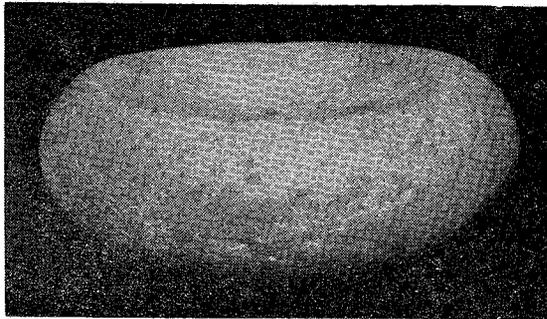
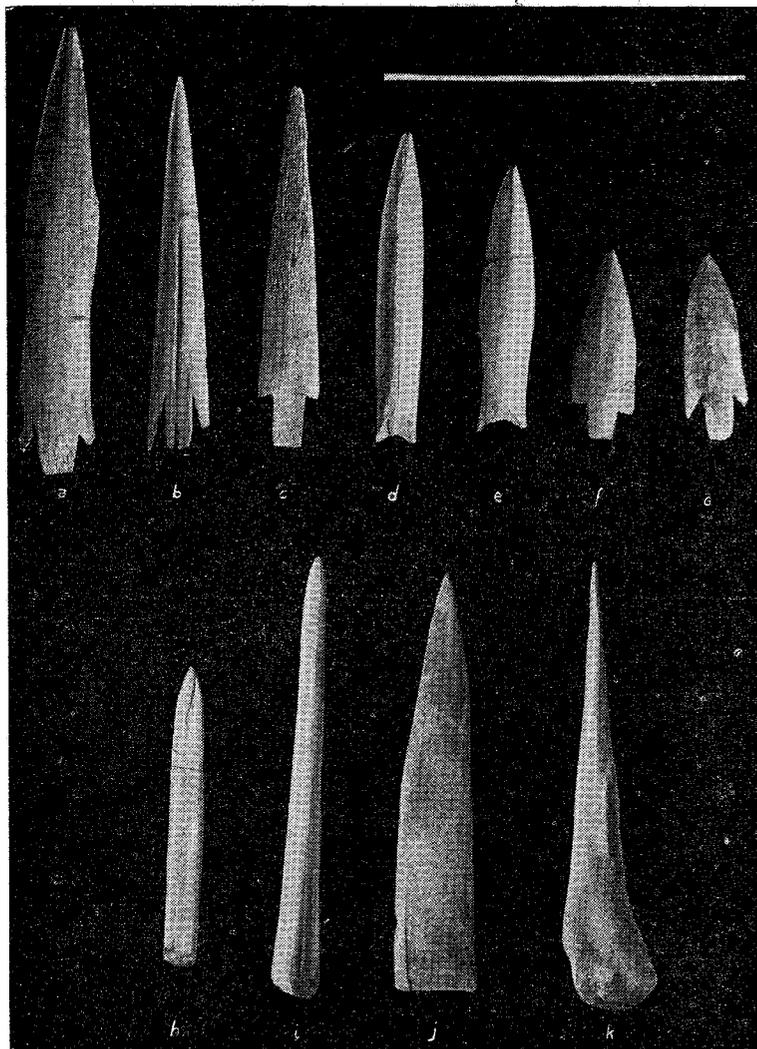


Fig. 7



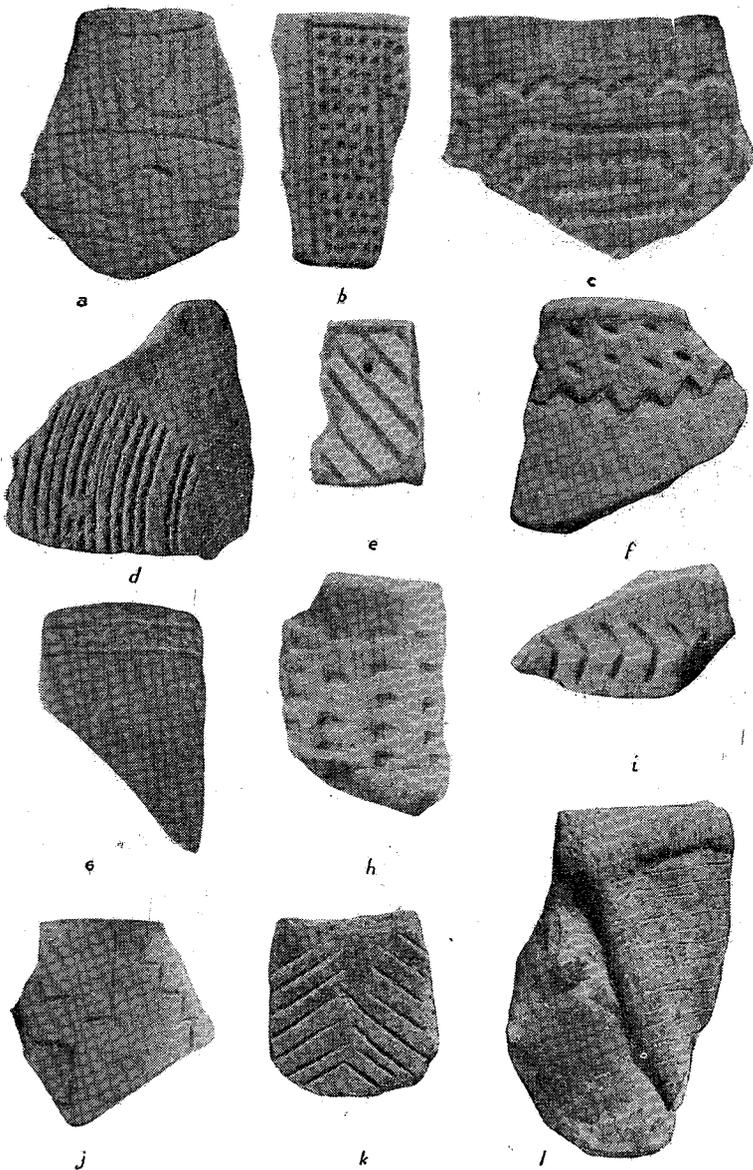
Fig. 8

LAMINA VIII



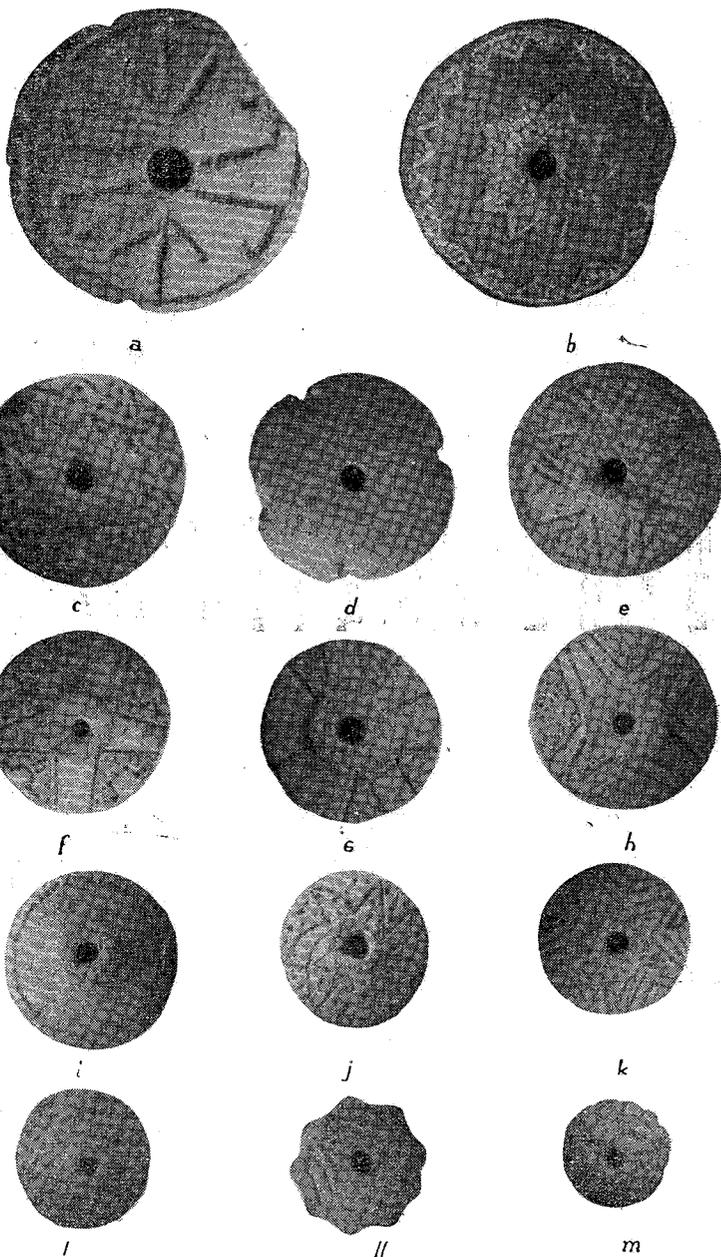
Puntas de flecha y punzones de hueso. La línea blanca corresponde a 10 centímetros

LAMINA IX



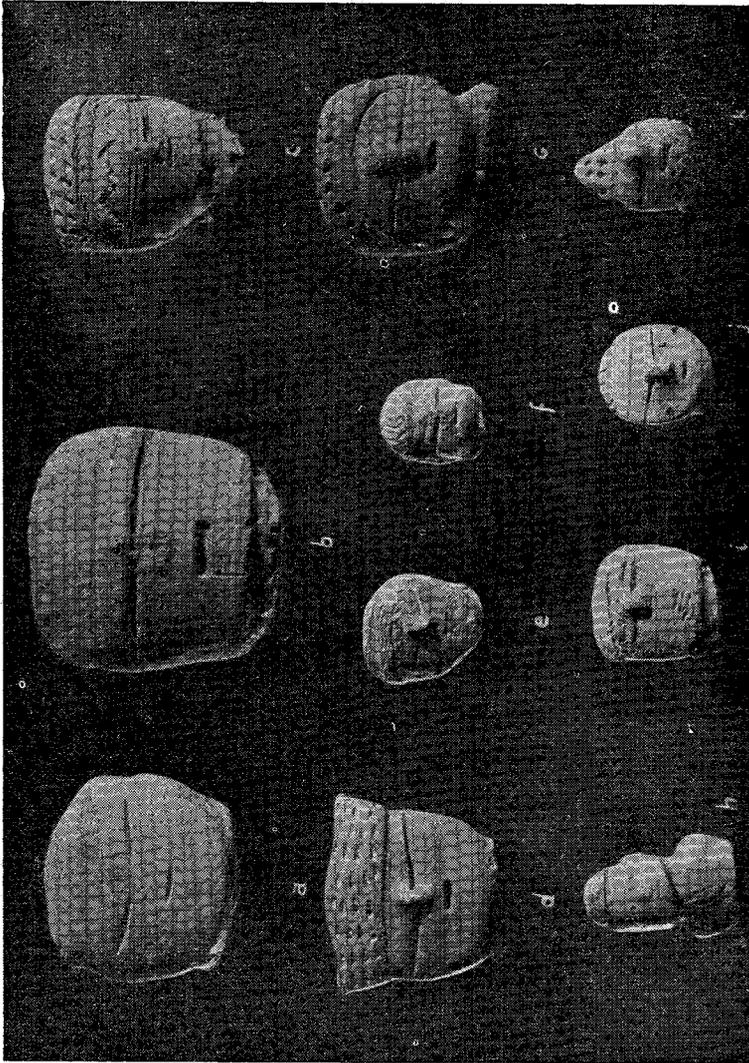
Fragmentos de alfarería 2/3 del tamaño natural

LAMINA X



Torteros de barro cocido, 2/3 del tamaño natural

LAMINA XI



Figuras antropomorfas